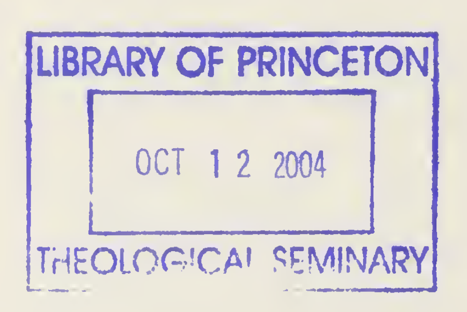
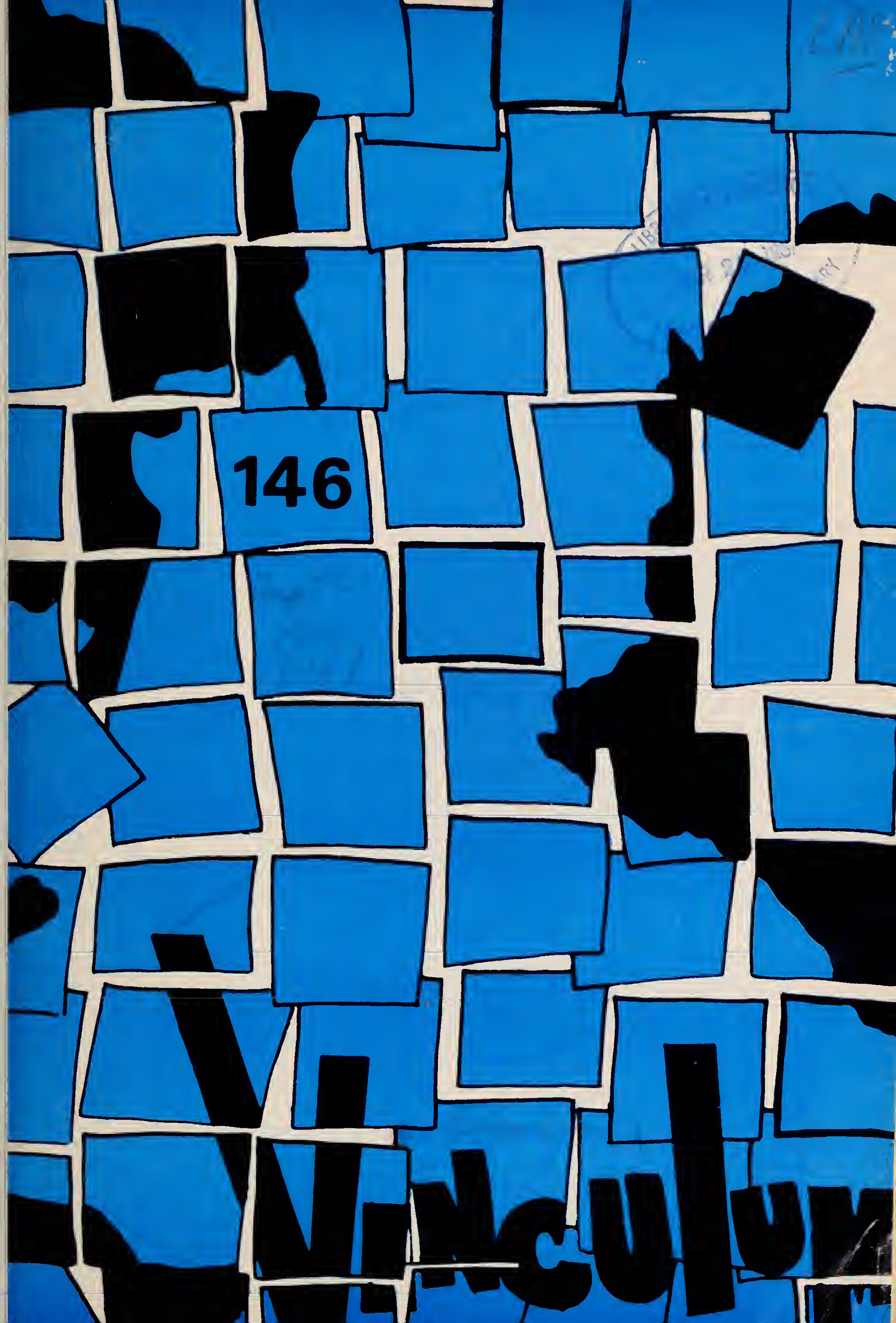
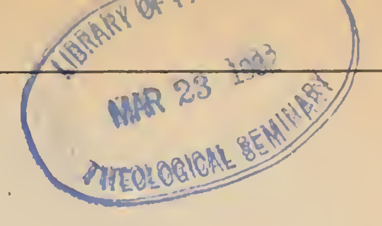



146



Vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXVIII
1981
146 SEPTIEMBRE – DICIEMBRE

SUMARIO

DIRECTOR
Gustavo Vallejo Tobón, OCD.

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Conferencia de Religiosos de Colombia
Calle 71 No. 11-14
A.A. 52332
BOGOTA

PRECIO DE SUSCRIPCION
$350.00

Res. Mingobierno Lic. 0017-77
Tarifa Postal Red. 240 de la
Adm. Postal Nal.

PRESENTACION

La última entrega de VINCULUM correspondiente a 1981 ofrece a nuestros lectores, para su reflexión y edificación, diversas puntadas de aspectos claves de nuestra vivencia como personas y grupos consgrados al servicio divino, y comprometidos a vivir la experiencia radical de Dios en lo posible de nuestros límites.

Una de ellas es el llamamiento a fijarnos en la figura y actuaciones de Santa Teresa de Avila, en la oportunidad del IV Centenario de su muerte. El Papa Juan Pablo II, gran admirador y experimentador de la espiritualidad teresiana, dirige un mensaje al mundo, a través del Carmelo, para que, fija la mirada en el ejemplo y la doctrina de oración-íntimidad con Dios y con la Iglesia según Teresa, realice un esfuerzo, que es urgente, por reacercarse a un Dios trascendente del que poco a poco nos hemos ido separando.

La oración-vida y la oración-acto serán la clave de este nuevo mirar a Dios.

Hay que formarse para la oración, y con esta idea hemos incluido las reflexiones del P. Marcello de Calvalho Azevedo sobre la formación para la oración personal y comunitaria, y en este segundo aspecto, el P. Daniel de Pablo Marotto nos aporta de su experiencia unos apuntes sobre la Vida en Comunidad.

El tema de fondo en esta oportunidad nos lo presenta el P. Ricardo Antonchich con su conferencia sobre las "Perspectivas de la Encíclica Laborem Exercens para los Religiosos", dictada ante un gran número de religiosos y religiosas en Bogotá, el 24 de octubre último y que nosotros, a solicitud de muchos, hemos reproducido de la grabación, y la presentamos aquí en su totalidad, incluidos los "monos" del conferenciante.

Ojalá que estos tópios, y de manera especial éste de la Encíclica, sirva para motivar fuertemente a nuestros hermanos y hermanas de todos los Institutos religiosos en torno a algo que es tan de la entraña y de dolorosa actualidad en nuestro ambiente, hacia lo cual nos ha llamado tan poderosamente la atención el Santo Padre: el trabajo humano, con sus valores, sus conflictos y sus perspectivas espirituales.

Sea también la oportunidad de un saludo fraternal y nuestros votos por una feliz Navidad y un año de 1982 lleno de grandes ejecutorias al servicio del Señor.

GUSTAVO VALLEJO TOBON, OCD.
Presidente

CARTA DEL PAPA JUAN PABLO II

CON OCASION DEL IV CENTENARIO DE SANTA TERESA

Al querido hijo FELIPE SAINZ DE BARANDA, Prepósito General de la Orden de los Hnos. Carmelitas de la Bienaventurada V. María del Monte Carmelo.

Querido hijo: Salud y bendición apostólica.

El día 4 de octubre de 1582, el mismo día en que se renovó el calendario gregoriano hasta entonces vigente saltando del 4 al 15, Santa Teresa de Jesús, ejemplo de virtudes y maestra, ni muy anciana ni muy enferma, pero siempre vigorosa en el espíritu y en su ardiente amor a Dios y a la Iglesia, rendía tributo a la muerte para ir al encuentro con el Esposo en la ciudad de Alba, cerca de Salamanca, después de haber recorrido un largo camino, iluminado por el don de la gracia, un verdadero "camino de perfección" a base de ejercitarse en la oración amorosa, encerrandose así en su "castillo interior" y penetrando profundamente en él para experimentar y saborear la caridad divina, invitando a todos a la unión amorosa con Dios y a la unión con la Iglesia de Crito.

El libro de su VIDA, orientado esencialmente hacia la contemplación del Dios vivo, acaba sin embargo brillantemente con el mandato del señor de reformar los monasterios de la Orden Carmelitana, como resultado generoso de esa presencia divina y de esa unión con Dios en Cristo, de los que la Iglesia es sacramento.

Santa Teresa, al exclamar poco antes de morir "Al fin, Señor, muero hija de la Iglesia" nos muestra claramente la característica de su espiritualidad, por la cual, la contemplación de Dios en Cristo se convierte también en contemplación amorosa de la Iglesia; el deseo de consagrarse a Dios, en deseo de consagrarse a la Iglesia; la inmolación de sí misma por Jesús, complementando así lo que falta a la pasión, en utilidad de su Cuerpo, que es la Iglesia.

También su otro libro CAMINO DE PERFECCION tiene como base ese binomio Cristo-Iglesia y es una invitación constante a insertarnos en la Iglesia de una forma viva y operante y a prestarle la ayuda, y esto como un fruto espontáneo de la plenitud de la vida mística (Cf. C. cc. 1 y 3). Y lo mismo habría que anotar sobre su tercer libro LAS MORADAS o CASTILLO INTERIOR (7 Mor. 4, 4).

Así, pues, aureolada por esta luz eclesial, se nos presenta hoy esta virgen ilustre, después de cuatro siglos de haber muerto. Pablo VI, predecesor nuestro, de grata memoria, al declararla Doctora de la Iglesia en 1970, manifestó el deseo de que se propagase el mensaje de ella nos ofrece, "a fin de que Ella cumpliese con mayor autoridad su misión salvadora en su misma familia religiosa en la Iglesia peregrina y en todo el mundo". En este tiempo oportuno y en esta tendencia clara y espiritual a la renovación —fruto del Concilio Vaticano II— Teresa, en su cuarto centenario de su tránsito al cielo, tiene el poder de incitar eficazmente a los espiritus a que se conviertan a los bienes supremos, por cuya causa Santa Teresa consumió su vida y que el mismo sínodo universal hizo patentes a los hombres de nuestro tiempo.

La Iglesia, sacramento de salvación

Mujer de raro ejemplo, conmovió al siglo, en el que se celebraba el Concilio Tridentino, con el espíritu orientado en sumo grado hacia la Iglesia, y que se podría considerar carismático. Consideró a la Iglesia como sacramento de salvación (Cfr. 5Mor. 2,3), lo que realiza en la Sagrada Liturgia (Cf.V. 31, 4), interpuesta la misión propia de mediador de la jerarquía y del sacerdocio, a cuyos miembros corresponde ser "luces de la Iglesia". Por esta causa quiere que aquellas cosas que experimenta y escribe, sean comprobadas por la Iglesia y que sus hijas acepten la doctrina de ésta observando plena comunión con la Iglesia y sumisión a la misma (Cf. C. prol. e Ib. 30,4). Haciendo lo que enseñó pudo afirmar de sí misma: "Siempre fue lo mismo que es también ahora, sometida en todas las cosas a la santa fe católica, a cuyo incremento dirigió sus oraciones y fundó monasterios" (Rel. 6,6).

Estas palabras muestran su fe eclesial y su amor, el cual es ferviente en la oración y en las obras. Las solícitas advertencias que dirige a sus hijas espirituales para que hagan oraciones en favor de la Iglesia y para que se inmolen, no solamente ilustran los propósitos eclesiales de la reforma efectuada por ella, sino que en cierto modo adorna también el Carmelo con su nota peculiar (C. cc 1-3); manifiestan el deseo de luchar con todas sus fuerzas para que la Iglesia se presente cada vez más y mejor ante Dios como esposos que tiene en rostro sin mancha y arruga (Cf. Efes. 5,27). Teresa conoce perfectamente el martirio del Cuerpo de Cristo dividido y profanado (C. 1, 1-2) y entiende honestamente que el amor de Dios debe impulsar generosamente en favor de la Iglesia.

Estas son sus palabras: "El amor, en efecto, no consiste en un gusto espiritual, aunque se funda en que debemos agradar a Dios en todas las cosas con firmeza de espíritu; y, con el máximo interés que podamos, procuremos no ofenderlo y le pidamos con el mayor fervor que siempre se aumente el amor y la gloria de su Hijo unigénito y se amplien cada vez más los fines y los límites de la Iglesia católica" (4 Mor. 1, 7).

Por esta causa, en el libro de la Vida, después del discurso en torno a las cosas que sirven realmente a la Iglesia, exclama: "Felices las almas que se emplean en esta obra"; y mientras se siente angustiada y acongojada al contemplar la escisión del cuerpo de Cristo, su espíritu se dilata al intuir cómo se van abriendo nuevos campos misioneros a la fe en América (Fund. 1,7).

Mil vidas por la salvación de un alma.

La Santa Madre, "siempre dispuesta a ofrecer mil vidas que tuviese por la salvación de una sola alma" (C. 1,2), quiere también que sus hijas, a través de su consagración religiosa, acepten gustosamente las mortificaciones y asperezas con el fin de que el Señor "proteja a su Iglesia" y dirijan todas sus peticiones a esto. Estas son sus palabras: "Si vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen en esto que he hecho —por la Iglesia y por la jerarquía— pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor" (V 3, 10) Teresa se percató de que su vocación y oficio era orar en la Iglesia y por la Iglesia, comunidad orante, a la que el Espíritu Santo anima para que con Jesús y en Jesús adore al Padre en espíritu y en verdad. Meditando en torno al misterio de la Iglesia, tan sufrida en aquel tiempo, comprendió lo que significaba la ruptura de la unidad, la traición de muchos cristianos, la corrupción de costumbres, y vió que era como una recusación, un desperdicio, una profanación del amor hasta el máximo, al mismo tiempo que la violación de la amistad divina.

Los hombres, al no aceptar a la Iglesia, al no vivir con ella, al no seguir su magisterio, rechazan a Cristo y a su amor.

Esta es la consecuencia de todo lo anterior. La reforma carmelita va encaminada a esto: "dado que el Señor tiene muchos enemigos y tan pocos amigos, que estos pocos al menos sean buenos (C. 1,2). Por eso, "determiné —escribe la santa— a hacer esto poquito que yo puedo y es en mi, que es seguir los consejos evangélicos con toda perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas —monjas— que están aquí hiciesen lo mismo" (Ib.).

La oración, un diálogo familiar con Dios.

Para Teresa, la oración era "seguir por este camino al que tanto nos amó" (V. 11,1) y "un trato de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama" (V. 8,5). Es decir, por la oración, nosotros mismos nos entregamos a la caridad, que el Espirítu Santo derrama en nuestros corazones, asociándonos como hermanos y amigos a Jesús que clama: Abba, Padre (Rom. 5,5).

Teresa tiene el convencimiento de que en la oración, con la ayuda del Espíritu Santo, reza toda la Iglesia, de donde resulta que cualquier contemplación sobrenatural, en su verdadero nombre, impulsada por la fe y la caridad, tanto en la Sagrada Liturgia, como en la escucha y en la alabanza de Dios, como en la adoración silenciosa con las que el Padre es glorificado y se inicia la comunión con Jesucristo, es al mismo tiempo ayuda prestada al dulce Jesús en la Iglesia, como afirma la santa Doctora.

Cuando uno ora, cuando vive de la oración, cuando en la oración experimenta al Dios vivo y se entrega a El, entonces siente la sensación de contemplar a la Iglesia desde más arriba, en la que Cristo continúa su presencia misteriosa a través de su gracia. Esto hace ver la urgencia de una máxima fidelidad a la Esposa de Cristo, e impulsa al alma a trabajar en favor de la Iglesia con todas sus fuerzas. Cuando en la creación, actuando más fuertemente el amor de Dios, se da una amistad íntima con Dios, dado que el hombre ha sometido su voluntad a la del amigo divino, entonces la amistad se convierte en

fermento divino y apostólico, causa de alegría para la Iglesia y para los hombres, y se convierte a la vez en voz poderosísima que penetra el corazón divino y que redunda en bien de todo el pueblo (C. 32,12).

Importancia de la vida de oración

Estas cosas nos enseña Teresa con la autoridad que radica en Aquel que es el camino, y como resultado de la experiencia y práctica de su propia vida. Ya la misma definición teresiana de la oración como unión familiar y coloquio con Dios, no se explica sino mediante una presencia viva, la presencia de aquel que es el autor de la misma unión y que actúa siempre como amigo que habla, aunque sin ruido de palabras (C. 25,2) y se entrega al orante de manera inefable. En consecuencia, Santa Teresa considera la vida de oración como la máxima manifestación de la vida teologal de los fieles que, al creer en el amor divino, se despojan de todas las cosas para conseguir plenamente su total presencia de amor.

La experiencia de Dios es la comunión admirable con El, en que el espíritu permanece plenamente abierto a su labor y va recibiendo cierta sabrosa sabiduría infundida por el Espíritu Santo, mientras la mente y el corazón se adhieren al dulce Jesús, Verbo Encarnado, puerta por la que se va al Padre y por la que el Padre nos concede su trato familiar. Por esta puerta, dice Teresa, es necesario entrar, si queremos que Su Majestad nos revele sus grandes secretos. No hay que buscar otro camino, aunque el alma llegue a la cima de la contemplación: marchará por este camino con firmeza y seguridad. Esa puerta ese camino es Nuestro Señor, por quien y de quien nos llegan todos los bienes (V. 22,6-7).

Por este motivo, la Maestra de esta oración amistosa, pone todo su fundamento en Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, cuya amistad y compañía iluminan el camino de la vida espiritual y conducen al orante hasta la altísima experiencia de la Trinidad, llegando a adquirir una evidencia clara de que en lo más profundo de su alma, en el más hondo recogimiento, está presente esta divina compañía e incluso la siente (7Mor. 1,7). Los dones excelsos de Dios aparecen entonces en todo su vigor y florecen en la íntima familiaridad con El, activados por la gracia, que infunde la certeza, llena de fe y de amor, de la presencia del Señor dentro del pequeño cielo de nuestra alma (C.28,5). Por eso, quien durante el ejercicio de la vida es totalmente fiel al amor de Dios que habita en él; quien cumple su voluntad sobre todo haciendo buenas obras, entregándose especialmente a los hermanos, puede participar de la experiencia de Dios, que revela a los pequeñuelos de su Reino los misterios de su amor (Mt.11,25).

Dios llama de diversos modos a los que quieren servirle.

El Señor no niega a nadie el agua de la contemplación, como asegura Santa Teresa. Más aún: pública y abiertamente nos llama a plena voz; pero como es bondadoso, no nos fuerza a ello. Algo más: Dios llama en verdad de muy diversas maneras a los que quieren servirle, de manera que nadie se vaya en ayunas o no confortado o se muera de sed (C. 2,2).

Según la Santa, la experiencia de Dios está en razón directa con la fidelidad a la oración. Por eso no nos aconseja con tanta urgencia que nos dediquemos a la contemplación (C.18,3), y Dios que no se deja ganar en fidelidad, al ver que el alma está preparada para ese don, la colmará de bienes (Conc. 5, 1). No desea otra cosa. Ciertamente que no quiere violentar nuestra voluntad, pero si nosotros nos entregamos, totalmente a El, El también se nos entregará plenamente a nosotros. (C. 28,12). Así se comprende porque la Santa Madre aconseja al hombre espiritual a inistir en la oración, "así muera en el camino" (C.21,2). Estoy persuadida —viene a decir la santa— de que esta agua de la contemplación no les faltará a quienes están desprendidos de las cosas terrenas. La contemplación es un don admirable que Dios otorga al hombre para que experimente su presencia como una donación generosa que lleva al grado de amor y de salvación dentro de la Iglesia, sacramento del mundo.

Los que llevamos el Hábito estamos obligados a la oración

Los tiempos que nos están tocando vivir, son tiempos muy propicios para la Iglesia y para la oración. Digamos mejor, que son tiempos de gracia, en que el magisterio y la experiencia de Teresa encajan perfectamente. Ella, dotada de la fuerza que procede de la práctica y hábito de una oración convertida en vida, invita a todos que amen a Cristo y a su Iglesia para que sientan el gozo de espíritu que mueve animándola y vean cuán suave es el Señor (Sal. 34,9).

Desde el comienzo de nuestro Pontificado, en el primer discurso que tuvimos en la Capilla Sixtina, propusimos la creación como una consigna, juntamente con la fidelidad a la Iglesia; luego, con frecuencia, hemos insistido a los fieles a que permanezcan en oración, adoración, escucha a la voz de Dios que habla dentro de nosotros y contemplación; y en nuestra Encíclica "Dives in misericordiae" hemos inculcado también la oración y la innovación de la bondad divina como un derecho y un deber de la Iglesia. De esa forma, quisimos destacar la gracia de la comunión de fe y amor que de la oración resulta y que fructifica en una experiencia que en definitiva es un cántico solemne a la misericordia de Dios, como ocurre en Santa Teresa.

Esta invitación a la oración se dirige ante todo a los especialmente consagrados, que siguen a Cristo virgen, pobre y obediente, a los cuales muchas veces les hemos hablado de la unión que deben tener con la Iglesia, pues en la vida religiosa, es imposible separar la fidelidad a Cristo de la fidelidad a la Iglesia. Así mismo les hemos exhortado a que se asocien por la oración a Cristo, y les hemos asegurado que la vida religiosa carece de sentido sin la oración, pues al separarse de la fuente, pierde su substancia y sale del camino prefijado.

Recordando las enseñanzas de Teresa, queremos que todos los religiosos se sientan comprometidos por ellas, pero de una manera especial los que la tienen por Madre y autora de la nueva forma de vida comunitaria que ella instituyó y por la cual ocupa un puesto tan relievante en la Iglesia. A ellos les dirige ahora esas palabras tan valiosas y que tanto les obliga: "Soy hija de la Iglesia". Y les recuerda la principal obligación que tienen con la Iglesia, obligación, repetimos, de suma importancia que, por otra parte, les impone también la

Regla cuando les manda orar sin intermisión. Y todo ello en un plan interior y exterior pobre y austero de vida, que es el distintivo de los verdaderos amigos de la cruz de Cristo.

A ellos también Santa Teresa les dirige estas palabras: "Todos los que traemos esta hábito sagrado del Carmen, somos llamados a la oración y contemplación" (5Mor, 1,3). Por lo tanto es apenas natural que los carmelitas descalzos y aún los calzados, fieles a la oración y siempre constantes en su ejercicio, lleguen a la experiencia del Dios vivo, ya que esta es su vocación, su oficio. Empeñénse, pues, en hacer cada día más adoradores en espíritu y en verdad; sepan que el Padre los requiere y persuándanse, como les advierte la Santa Madre, de que el camino de perfección escogido en esta vida no solo en proyecho propio, sino también en utilidad de muchas almas (V. 11,4).

Los carmelitas descalzos, en conformidad con el espíritu de su Regla aún en esta época, traten de ser fieles en la práctica de la vida a esa especie de desierto que, por vocación y misión, se les llama a ser contemplativos plena y peculiarmente. Sin él, la vida carmelitana de clausura no tendría sentido, como bien lo describe la Santa, poco antes de morir en el capítulo tercero de sus Fundaciones.

Este es también uno de nuestros avisos. Los subrayamos un día en la inauguración de la reunión plenaria de la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, y al hablar de la necesidad de adoptar una justa severidad en la observancia de la clausura, parece oirse la voz de Teresa. En armonía con ella, que estaba persuadida de que el bien no debía permanecer oculto, dijimos entonces que la clausura no separa de la comunión del Cuerpo de Cristo Místico, sino que incluso coloca a sus seguidores en el corazón mismo de la Iglesia. Es la mejor manera de satisfacer amorosamente el deber y la vocación. Así lo hizo Santa Teresa de Lisieux, quien se sentía estar en el corazón de la Iglesia. Imiten su ejemplo. Y acuérdense de que, según ella, solamente se pueder ser útil a la Iglesia por la oración y la dedicación.

Los carmelitas, en efecto, que Santa Teresa los quiso contemplativos eremitas —carta al P. Mariano (y hombres celestiales— carta a Gracián) también fueron impulsados por ella a emprender la acción apostólica dedicándose a anunciar el Evangelio a los pobres y a los humildes, y para prestar a la vez mayor vigor a lo teológico y misional. Por este motivo, quiso que hubiese entre ellos gente preparada para el magisterio, pues bien sabía que en la dirección de las almas "buen letrado nunca me engañó". (V.5,3). Además, estaba convencida de que la verdadera ciencia, asociada a la humildad, vale muchísimo para emprender el camino de la oración.

Santa Teresa vió una encarnación de todo esto en su primogénito hijo espiritual San Juan de la Cruz, maestro y guía de las sendas de Dios, quien fué el primero es instaurar la nueva vida de la reforma en el convento de Duruelo. Es conveniente que los carmelitas descalzos, siguiendo su ejemplo, sean en el mundo de hoy guías y maestros de los hombres, sintiendose ellos mismos la comunión y experiencia de Dios y comunicándoselas a los demás. Esta es su misión, emanada de su vocación.

La piadosísima Madre vuelva su mirada amorosa también hacia los Institutos y congregaciones que se nutren de sus enseñanzas espirituales y apostó-

licas y cuya labor en la Iglesia es tan valedera, tanto en el campo de la caridad como en el social. Que también estos hagan de todos sus encuentros con la gente una invitación para la comunión con Dios.

Esta exhortación de Santa Teresa, es un estímulo que las incita a la oración y a la acción, que deberán ir siempre unidas. Cuanto más una persona avanza en la oración, tanto más capacitada se siente para procurar el consuelo y la salud del prójimo, sobre todo en su aspecto espiritual. Teresa, por salvar una sola alma, estaba dispuesta a dar mil vidas.

Santa Teresa vive y habla todavía en la Iglesia.

Diríjanse con eficacia las mentes movidas por un nuevo estímulo a los ejemplos y doctrina de su vida, principalmente durante este año cuatricentenario que ya ha comenzado y que se dedica a su recuerdo.

En fin, impartimos la bendición apostólica, augurio de los dones celestiales, a ti, amado hijo, hermanos y monjas carmelitas de la Madre Teresa con ánimo benevolente.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 14 del mes de octubre del año 1981, tercero de nuestro pontificado.

JUAN PABLO, PAPA II

NOTA: Este texto ha sido tomado de la Revisión española ECCLESIA, quien tradujo de un original facilitado por los servicios TELEX desde Roma. Dicho original, como señala la revista, presenta algunas ambigüedades que no les fue posible obviar al traducir el texto al castellano. El lector notará que se trata de una traducción muy embrollada, por no decir pésima, aunque explicable. Podíamos haber esperado a que llegase el texto oficial, pero por querer ofrecer la "chiva", como decimos en Colombia, no tuvimos paciencia para la espera. De todas formas, el sentido se entiende. Y el que no esté contento. . . pues espere a la traducción completa y exacta.

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

La bibliografía teresiana –libros, artículos, ensayos, etc.– de estos días en que se inauguró el IV Centenario de la Santa ha sido frecuentada y abundantísima. Aparte de los títulos de algunos libros, han llegado a nuestra redacción casi o sin casi unos 50 artículos de varios periódicos, diarios y revistas publicadas en la patria de Santa Teresa. Todos son muy interesantes y actuales, pero es imposible hacer referencia de todos ellos. Solo el periódico madrileño ABC del 15 de octubre, traía 10 artículos. La revista ECCLESIA del 17 de octubre está prácticamente dedica a la Santa, con artículos interesantísimos. Y según tenemos entendido, no ha habido diario en España estos días que no haya publicado noticias, artículos y pequeños ensayos sobre la figura de la Santa con motivo de la inauguración centenaria. . . Gloria a Dios y a la Santa carmelita, que sigue tan viva y actuante como en los mejores días de su vida. . .

PERSPECTIVAS DE LA ENCICLICA LABOREM EXERCENS PARA LOS RELIGIOSOS

Conferencia del P. Ricardo Antoncich, S.J.
24 de Octubre de 1981. Bogotá

Las tres encíclicas: Laborem Exercens, Dives en Misericordia y Redentor Hominis, tienen una nota común muy característica, y es su centralidad en Jesucristo.

Es de notar el acento cristológico que tienen los mensajes del Papa actual. Si nosotros recordamos cuando él visitó la República Dominicana, en la gran plaza donde fue acogido, la multitud comenzó a gritar: Juan Pablo, Juan Pablo! Entonces tomó el micrófono y empezó a decir fuerte para dominar la multitud: Jesucristo, Jesucristo! Como diciendo: lo que importa es el Señor.

Este mismo acento se nota en las tres Encíclicas mencionadas: las tres están como articuladas en torno a la Persona de Cristo. La primera nos comunica: en Jesucristo conocemos el misterio del hombre; su dignidad se conoce en él. La segunda nos dice: en Jesucristo conocemos la misericordia del Padre; y la tercera, sobre el trabajo: a través de la Persona de J. C. conocemos el sentido, la dignidad del trabajo. El Papa en el N. 26 de su Encíclica nos dice: J.C. tiene conocimiento y respeto por el trabajo humano. Por el trabajo humano el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención con el cual Cristo ha aceptado su cruz.

Dado que la vida religiosa es un seguimiento de J. C., me parece muy oportuno que nosotros veamos qué contenido está ofreciendo el Papa sobre la vida religiosa a través de este mensaje; lo que significa J.C. para nuestro mundo contemporáneo.

En otro momento indicaré cuál es nuestra perspectiva. Nosotros debemos leer la Encíclica desde la comunión con nuestros obispos latinoamericanos en Puebla, y por ello debemos recordar cómo ellos insisten sobre la necesidad de discernir las situaciones concretas (N. 338), de atender a los signos del Espíritu (N. 379); y estos signos están apareciendo a través de los desafíos que la Iglesia tiene que afrontar (N. 420). Todo esto debe hacerse con una metodología de análisis de la realidad (N. 1307).

Luego, los obispos nos invitan a ver nuestra realidad concretamente, usando todos los medios científicos que podamos obtener para que no se nos escape la trama real de la situación. Pero a los religiosos, en concreto, los obispos nos piden una mirada contemplativa en el No. 780, donde señalan el

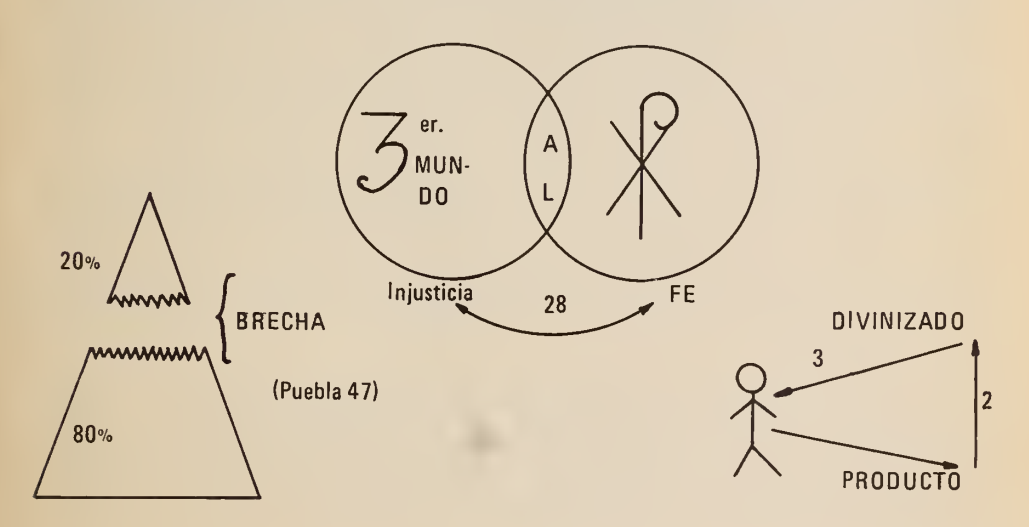
compromiso de favorecer una actitud de oración y contemplación que nace de la Palabra del Señor, escuchada y vivida en la circunstancia concreta de nuestra historia.

Es muy importante que veamos la descripción que hace el Papa de las situaciones. Recordemos lo que nos dicen los obispos en el No. 29 de Puebla: "La situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos". Las trágicas tensiones sociales; la carencia de los pobres, que no sólo carecen de bienes materiales, sino también en el plano de la dignidad humana". (No. 138).

En relación más concreta con nuestro tema, yo fijaría los Nos. 36 y 44 donde los obispos nos hablan de los salarios bajos, de la represión que tienen las organizaciones de los trabajadores. El Papa va a hablar claramente de los sindicatos; nos va a decir cómo es un deber que los trabajadores se organicen; y los obispos dicen que es, justamente en América Latina, donde estas agrupaciones de campesinos y de obreros, son reprimidas, mientras otras organizaciones patronales pueden ejercer todos sus derechos para cobrar sus intereses (cfr. Puebla 44).

En este malestar, los obispos ven una causalidad social. Me ha llamado la atención el siguiente texto porque usa una palabra que el Papa también va a usar para significar la rigidez del capitalismo: "la economía del mercado libre en su expresión más rígida —parece que el Papa estuviera pensando justamente en este texto de los obispos— aún vigente como sistema entre nosotros, en nuestro continente" (P. 47). Y los obispos dicen: "La economía de mercado libre, en su expresión más rígida, aún vigente como sistema en nuestro continente y legitimada por ciertas ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres por anteponer el capital al trabajo". Exactamente lo dice el Papa: cuando se coloca al Capital encima del trabajo, tenemos entonces un verdadero materialismo. Estos números de Puebla nos facilitan la asimilación del mensaje del Papa.

Veamos ahora brevemente cómo los obispos nos han presentado la realidad:



Vemos ante todo dos círculos que quieren indicar dos características que se dan solo en América Latina: una es el cristianismo y otra es la realidad del Tercer Mundo. Hay continentes cristianos en el mundo como son Europa, Norte América; pero no son del Tercer Mundo. Y hay continentes del Tercer Mundo como Asía o Africa, pero que no son continentes cristianos. La mezcla de estas dos realidades sólo se dá en América Latina; no existe en otro lugar. Somos los únicos en el mundo que tenemos esa responsabilidad tan grande de ver cómo nuestra fe nos ayuda a construir un desarrollo humano cristiano; de ahí la gran importancia que tiene la fe para nosotros.

Los obispos en el No. 28 de Puebla tienen una expresión que para mí es la más genial: "Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser crstiano, la creciente brecha entre ricos y pobres". Todos sabemos que existen contradicciones que más o menos se pueden aguantar por un lapso de tiempo; pero cuando hay unas contradicciones existenciales tan serias, tan profundas que están golpeando a la gente, esto no se puede mantener por mucho tiempo. Piensen Uds. en la contradicción entre el hambre y la salud; si a partir de la salud no trabajamos y no conseguimos comer, el hambre va a acabar con la salud; es decir, estas dos cosas son contradictorias y no pueden coexistir durante mucho tiempo; o mientras tenemos salud, trabajamos para comer, o si seguimos teniendo hambre, no vamos a tener salud. Lo mismo pasa con la fe y la injusticia: si tenemos fe, luchamos para vencer la injusticia y logramos vencerla, entonces suprimimos la contradicción; pero si no hacemos esto, me temo mucho que la situación de injusticia destruya nuestra fe. Es decir, que los pueblos latinoamericanos, después de esperar de la Iglesia el camino de liberación si no lo encuentran allí, lo busquen por otro lado. Esto sería una gran falla nuestra: no haber aprovechado el sentido cristiano de nuestro pueblo para guiarlo en la búsqueda de la justicia por caminos que sean auténticamente humanos y evangélicos.

Los obispos, aunque dicen que no son sociólogos ni economistas, nos hablan de una brecha: se puede comprobar que el 20% de la población tiene más de la mitad de los recursos de América Latina, tomando como promedio global todo el continente latinoamericano en el período de la década de los 70, y teniendo como base los datos suministrados por las Naciones Unidas. Lo que quiere decir que más de la mitad, o sea acerca del 54% van a ser acumulados por la quinta parte de la población latinoamericana, mientras el 80% de la población tiene que contentarse con menos de la mitad.

El Papa define la situación con una frase que me parece muy profunda: "El hombre está alienado" (cfr. R.H. 16). Para el Papa es ésta la tragedia más grave. El hombre ha trabajado y ha producido bienes: produce partidos políticos, produce desarrollo económico, produce seguridad nacional; pero el hombre, en lugar de ser señor y dueño de sus productos, diviniza los productos, los pone por encima de él, y es por ello que dice que está profundamente alienado.

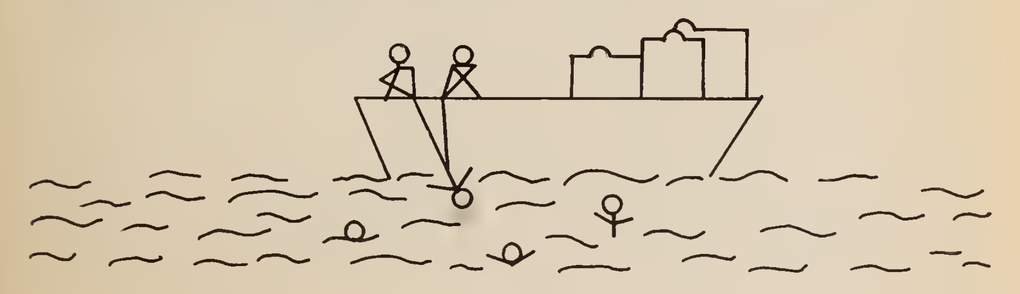
La alienación tiene tres momentos: 1o. producir; 2o. divinizar, y 3o. adorar. En el A.T. este proceso se llamaba construir ídolos. El hombre produce un muñeco que tiene ojos, pero que no puede ver, mientras el hombre tiene ojos que ven. El hombre hace de ese muñeco su propio dios y al adorar al producto de sus manos está vaciándose a sí mismo; eso es lo que está suce-

diendo en el mundo de lo temporal: estamos asistiendo a una terrible alienación. El hombre, cada vez con más medios técnicos, con más ciencia, está produciendo todo un universo, todo un mundo de valores, pero está poniendo esos valores encima como si fueran su dios, y por lo tanto se está degradando a ser el servicio de sus propios productos, de su propia civilización. Refiriendose a esto dice el Papa: "El hombre, por tanto, vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos ni la mayor parte, sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos a una autodestrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer". (R.H. 15).

Por esto el Papa se pregunta: esta civilización, cada vez más extraordinaria, está haciendo la vida más humana? El hombre que está construyendo todo un universo, todo un mundo lleno de técnica, no esta tal vez degradándose, convirtiéndose cada vez más en un objeto deshumanizado de su propio mundo?

Así entramos en un contexto que el Papa va a usar para referirse a la sociedad materialista. Para el Papa el materialismo no es exclusivamente —también es eso, pero no únicamente— el materialismo filosófico, ateo. El Papa habla de un materialismo que está mucho más cerca de nosotros: somos todos materialistas cada vez que ponemos las cosas por encima de las personas; la técnica por encima de la ética; el desarrollo económico, por encima de la justicia social. Por eso es interesante ver cómo este tema del materialismo sale varias veces en las Encíclicas del Papa. En la primera, Redentor Hominis, dice: "El hombre no puede hacerse esclavo de las cosas, de los sistemas ecónomicos, de la producción y de sus propios productos; una civilización con perfil puramente materialista condena al hombre a tal esclavitud; el que está viviendo en la sociedad de consumo, vive con un espíritu materialista, aunque no haya adherido a la filosofía atea del marxismo". En Dives in Misericordia vuelve decir que lo que tipifica la sociedad materialista es que acepta la primacía de las cosas sobre la persona humana. Y en Laborem Exercens vuelve a insistir de nuevo en esta idea, y dice: "El error del capitalismo primitivo vuelve a repetirse dondequiera que el hombre sea tratado de alguna manera, a la par de todo el complejo de los medios materiales de producción, o sea como un instrumento, y no según la verdadera dignidad de su trabajo, como un sujeto y autor, como verdadero fin de todo el proceso productivo".

Tratando de presentar algo así como una pequeña parábola de esta idea tan central del Papa sobre el materialismo, se me ocurrió esta ilustración:

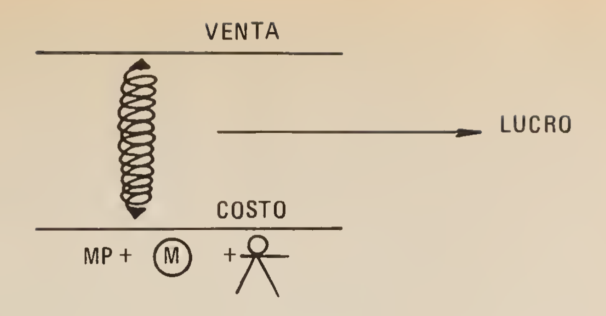


En este pequeño barquito hay dos personas que parece que estuviesen remando; pero en realidad están tirando a uno al agua, y hay otros que ya han sido arrojados, porque el barco está siendo llenado cada vez más de máquinas y de aparatos. Con esta parábola quería sintetizar todo lo que el Papa nos quiere decir: que estamos viviendo una sociedad cada vez más deshumanizada; como si al barco le metemos muchas cosas se nos va a hundir, preferimos llenarlo de máquinas tirando a las personas sin pensar en salvar sus vidas. El fenómeno que el Papa quiere grabar en nuestras conciencias, es precisamente éste: en el barco de la vida estamos llenando cada vez más su espacio con tecnología, con maquinarias, con aparatos, con lujo, con bienestar; pero el precio de esto, ya que no soporta tanto peso, es tirar al hombre fuera de la borda, o sea que estamos sacrificando la persona por las cosas.

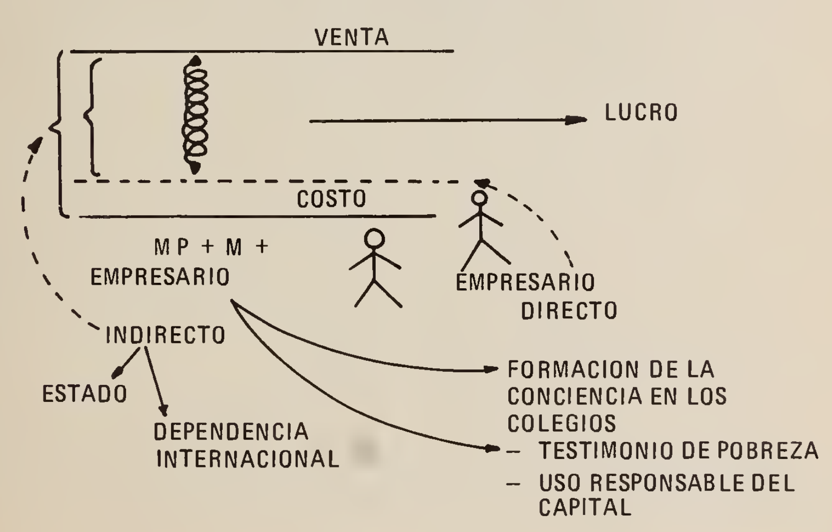
Una manifestación de lo anterior es el espíritu consumista. Vuelvo a citar al Papa: "Es bien conocido el cuadro de la civilización consumística, que consiste en un cierto exceso de bienes necesarios al hombre, a las sociedades enteras —y aquí se trata precisamente de las sociedades ricas y muy desarrolladas— mientras las demás, al menos amplios estratos de las mismas, sufren hambre y muchas personas mueren a diario por causa de la desnutrición; así mismo se dá un cierto abuso de la libertad que va unido precisamente a un comportamiento consumístico no contralado por la moral, lo cual limita la libertad de los demás; es decir, de aquellos que sufren deficiencias relevantes y son empujados a condiciones de miseria e indigencia".

Estas mismas ideas las expresa el Papa en la Encíclica Dives in Misericordia, lo que nos hace ver que el Papa está muy preocupado. Todo esto viene a gravitar sobre el problema del trabajo, y por ello la Encíclica nos está recordando la dignidad del trabajo humano. Consecuencia del materialismo y del economismo, es el hecho de que el trabajo humano ha sido planteado en el contexto de un conflicto entre capital y trabajo. Cito textualmente al Papa porque sus frases son muy fuertes: "el problema del trabajo ha sido planteado en el contexto del gran conflicto, que en la época del desarrollo industrial y junto con éste se ha manifestado entre el "*mundo del capital*" y el "*mundo del trabajo*", es decir, entre el grupo restringido, pero muy influyente, de los empresarios, propietarios o poseedores de los medios de producción y la más vasta multitud de gente que no disponía de estos medios, y que participaba, en cambio, en el proceso productivo exclusivamente mediante el trabajo. Tal conflicto ha surgido por el hecho de que los trabajadores, ofreciendo sus fuerzas para el trabajo, las ponían a disposición del grupo de los empresarios, y que éste, guiado por el principio del máximo rendimiento, trataba de establecer el salario más bajo posible para el trabajo realizado por los obreros. A esto hay que añadir también otros elementos de explotación, unidos a la falta de seguridad en el trabajo y también de garantías sobre las condiciones de salud v de vida de los obreros y de sus familias".

La ilustración trata de reproducir este mecanismo de la empresa; es decir, la empresa en nuestra economía normal está caracterizada por este fenómeno: dos planchas separadas por un resorte muy fuerte; la superior es el precio de venta y la inferior es el precio de costo; el resorte es el espíritu de lucro, o sea la utilidad. De tal manera que si producir una silla o un escritorio o una mesa nos costara $2.000.00, y nosotros lo vendiéramos en $4.000.00, el



lucro o utilidad serían $2.000.00. Es una operación tan simple que se puede hacer en los grados más elementales aplicando la suma y la resta. El problema del costo está desglosado en tres elementos: la MP (materia prima), la M (maquinaria) y el trabajo. En la concepción liberal, capitalista, el trabajo es simplemente un instrumento más de producción. El trabajador está allí en la misma línea de la máquina y de la materia prima. El círculo que encierra la maquinaria es para significar que el adelanto técnico que estamos viviendo, de tal manera va degradando las otras dos dimensiones, que el hombre se siente más y más orgulluso de su técnica y menos respetuoso de esa naturaleza que le está ofreciendo la materia prima. No sabemos reconocer en la naturaleza el don de Dios, el amor con que Dios nos ha dado toda esta materia que nosotros, a veces, estamos derrochando. Como ejemplo nos podría servir la preocupación que tienen hoy los economistas ante el derroche del petróleo. Este producto ha precisado cerca de 25.000 años para poderse elaborar, y nosotros lo estamos gastando alegremente. Posiblmente dentro de 25 ó 30 años no exista una gota de petróleo. Y dígase lo mismo de la polución ambiental. En resumen, el hombre orgullo de la maquinaria, ha degradado por la técnica el don de la naturaleza que ha recibido de Dios, y ha degradado sobre todo al hombre a puro instrumento de trabajo.



En este cuadro, si yo elevo el trabajo, si yo pago más al trabajador, yo ganó menos obviamente. Y esto es lo que quiere decir el Papa con el texto citado: los empresarios trataban de obtener el máximo de rendimiento, el lucro mayor, y para lograrlo procuraban establecer el salario más bajo posible para los obreros. Con esto el papa describe maravillosamente este mecanismo de nuestra sociedad industrializada, y así uno se explica por qué hay tanto malestar social, tantas reinvindicaciones salariales: porque se está maximizando el lucro a costa del desprecio del trabajo.

El Papa es muy consciente también de otro fenómeno muy extendido en la sociedad moderna, que es el fenómeno de la dependencia que gracias a Dios nos permite ver que no es sólo un fenómeno del capitalismo, sino que se está dando también en otros países del bloque socialista. Así un país periférico como es Polonia está exportando sus productos a Rusia a muy bajo precio, a un precio cada vez menor, mientras está importando los productos del centro de su sistema —en este caso de la Unión Soviética—, cada vez a mayor costo. Este fenómeno, repito, se dá no sólo en el bloque socialista, sino en el capitalista, y el Papa lo describe con estas palabras: "Los países altamente industrializados, y más aún las empresas que dirigen a gran escala los medios de producción industrial, y las llamadas sociedades multinacionales o transnacionales, ponen precios lo más altos posibles para sus productos, mientras procuran establecer precios lo más bajo posible para las materias primas o a medio elaborar, que es lo que justamente estamos exportando los países pobres. Esto, entre otras causas, tiene como resultado una desproporción cada vez mayor entre los créditos nacionales de los respectivos países. La distancia entre la mayor parte de los países ricos y los países más pobres, no disminuye ni se nivela, sino que aumenta cada vez más, con perjuicio obviamente, de los países pobres.

Es muy diciente el resultado que publican los periódicos de la reunión de Cancún: "Hay que asegurar ante todo la inversión". Para mí un titular de estos es exactamente lo contrario de la encíclica del Papa. El dice: "hay que asegurar ante todo el trabajo y su dignidad"; mientras varios gobernantes del mundo se reunen para decir: no señor, hay que asegurar ante todo el capital y las utilidades! Qué triste ver esta falta de armonía: el que representa el poder espiritual, el Papa, dando un mensaje humano: "el hombre está por encima del capital"; y los gobernantes reunidos, diciendo que para resolver los problemas mundiales lo que hay que hacer es defender por encima de todo el capital y sus intereses. No pueden aparecer más claramente dos concepciones radicalmente diferentes. Por ello la Encíclica expresa que el problema del salario es el que viene a encarnar en cierto sentido como símbolo, como característica, toda la justicia de un sistema. Si los salarios son injustos, de nada nos sirve hablar de que nuestro sistema es justo. El salario viene a ser el indicador más claro, más nítido: salarios justos, sociedad justa; salarios injustos, sociedad injusta. Esta es la clave.

Esta realidad que estamos considerando nos llama la atención y nos golpea, pero debe ser iluminada por la fe. Es esta una de las características no sólo del Pontífice actual, sino de los pontífices más recientes, particularmente de Juan XXIII y de Pablo VI, quienes al presentar la doctrina social, presentan las exigencias del Evangelio con toda claridad. Las encíclicas anteriores a Pío

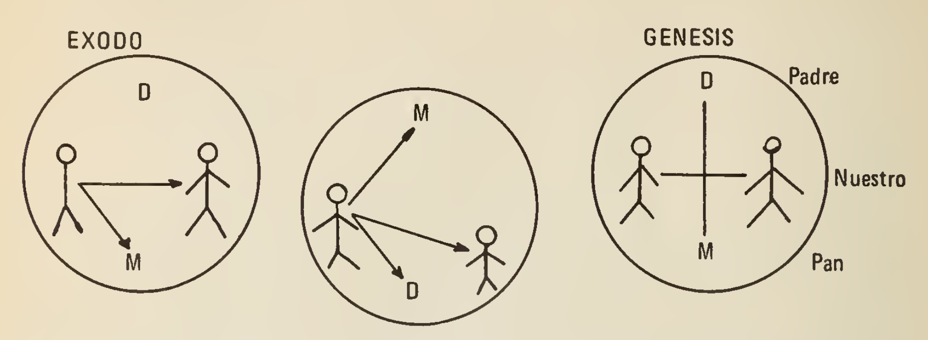
XI, a la Rerun Novarum, tenían como una cierta preocupación de hablar no sólo el lenguaje de la fe, sino también el lenguaje de la razón, y se basan mucho en el derecho natural, porque los papas eran conscientes de que su mensaje se dirigía no sólo a los católicos, sino a todos los hombres de buena voluntad; pero a partir de Juan XXIII se nota una claridad mayor, y parece que los papas quieren decir: esto es lo que los critianos pensamos a partir de la revelación; no estamos sacando el corazón de nuestro mensaje de una filosofía, de un derecho natural puramente humano; lo estamos sacando de una visión de fe, y aquí es donde el Papa señala con muchísima claridad la base de su argumentación. Naturalmente que no es contradictoria con la revelación natural; pero la base es la revelación de la Palabra de Dios, y por ello vamos a ver cuál es en síntesis ese mensaje que él nos da.

El Papa señala como la fuente más fundamental de una concepción del trabajo, el libro del Génesis. Conviene que ubiquemos ese libro en la tradición sobre la Sagrada Escritura. Hoy los exegetas, los estudiosos especialistas de la Sda. Escritura, están de acuerdo en que la experiencia del Pueblo oprimido en Egipto es anterior a la reflexión teológica sobre el destino de los bienes y la creación. De tal manera que primero se da históricamente el Exodo y después se dá el Génesis. El orden en que tenemos los libros sagrados del Pentateuco quiere presentar primero la creación, porque cronológicamente sería así y luego la experiencia de Egipto de la liberación del pueblo de Israel; pero históricamente sucedió lo contrario; es decir: el pueblo oprimido, al ser liberado, percibe que este Dios que lo ha liberado, que lo ha sacado de la esclavitud, tiene un proyecto de justicia, de fraternidad, de amor, y esto tiene que ser vivido como alianza al interior del pueblo elegido. Por eso en el Exodo vemos un pueblo, el pueblo egipcio, oprimiendo a otro pueblo, el pueblo israelita, y con el trabajo degradado, porque en este caso el trabajo es simplemente instrumento de producción para el pueblo egipcio que se enriquece y lo aprovecha para sí mismo.

El Exodo, dicho sea de paso, es para mí uno de los mejores libros que muestra la falsedad de una hipótesis del marxismo que dice que la religión es alienante, que la religión hace que el hombre se tranquilice en su situación de explotación; el Exodo es la prueba de todo lo contrario: si la religión fuera alienante el primero en organizar esa marcha de oración de tres día al desierto, hubiera sido el Faraón, ya que le convenía tener siervos pasivos, siervos domesticados; pero el Exodo dice todo lo contrario: el Faraón teme al pueblo que reza, porque el pueblo que reza, al dialogar con Dios, descubre su propia dignidad y no va a querer ser tratado como esclavo. Y el Faraón muy inteligentemente —solución que todavía se practica—, piensa que la manera mejor de alienar al hombre, de impedir su diálogo profundo con Dios, es meterlo de lleno en la economía; que sólo produzca, que no tenga tiempo de pensar en otras cosas sino sólo en trabajar y trabajar nada más; esa es la solución del Faraón: degradar al hombre convirtiéndolo en un simple instrumento de producción en lugar de ser interlocutor con Dios.

Entonces, este pueblo que sale de Egipto, descubre que el proyecto de Dios es crear todo el mundo, todas sus riquezas para servicio del hombre, de todos los hombres. Una frase central que el Concilio Vaticano II la va a enfatizar

muchísimo en la Gaudium et spes: *el destinto universal de los bienes.* Dios ha creado todo para todos. Este es el principio primario. La propiedad tiene que subordinarse a este principio primario: la propiedad privada no es un derecho absoluto, sino relativo a este destino universal de los bienes y Juan Pablo II nos dirá que el salario justo es la manera como todos llegan al destino universal de los bienes..



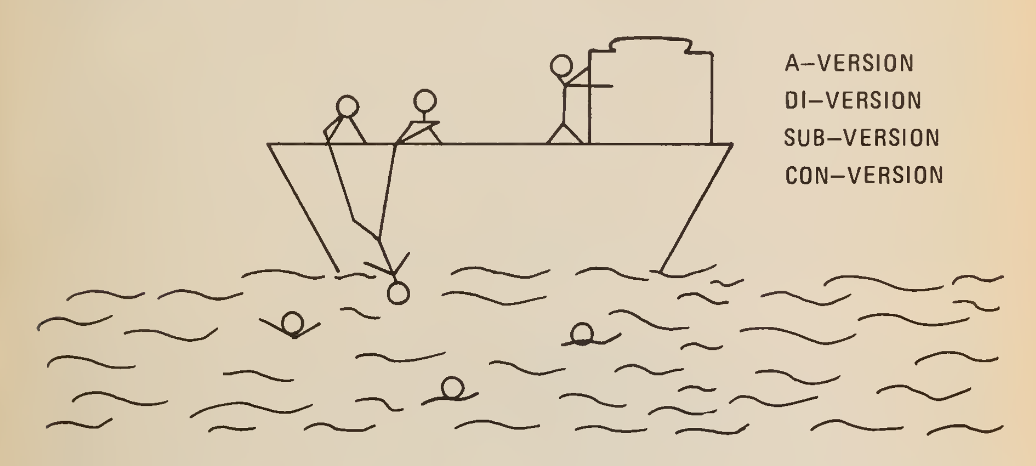
En la gráfica vemos las palabras: PAN - PADRE - NUESTRO, porque la oración del Padrenuestro es como una síntesis de este proyecto de Dios. Solamente viviendo como hermanos, pudiendo llamar al PAN "nuestro", podemos cumplir este destino de la creación de que el pan sea un pan compartido. Citando al Papa Juan Pablo II, hoy hay gente que vive en abundancia y gente que muere de hambre. Con qué valor rezamos los cristianos el "pan nuestro de cada día", si no es verdad? Estamos unos viviendo en abundancia y otros en miseria. Con qué valor podemos decir que Dios es nuestro Padre, si las dos cosas están unidas muy profundamente?

La experiencia de la fraternidad en el dominio del mundo, es la experiencia de fraternidad en el culto al Padre; una auténtica fraternidad sí avala la frase "Padre nuestro"; y una auténtica fraternidad también nos permite, asociados, mirar las tareas de la transformación del mundo. En cambio de todo esto encontramos una inversión de valores: Dios que debería estar arriba, está abajo. Cuando el hombre pone las cosas en lugar de Dios, necesariamente degrada a los otros y degrada a Dios mismo. . . Es decir, Dios y el hombre van a ser manipulados en función de su egoísmo. Cuando lo que tiene que está abajo, que son las cosas, ocupa el lugar de lo divino, entonces hasta el propio hombre es cosificado, es vuelto cosa, es convertido en instrumento de producción. Por eso la visión de la gente nos obliga a considerar una perspectiva diferente y es dar al hombre esta dignidad que tiene en su trabajo.

El Papa nos habla de los dos características del trabajo: a) el trabajo es una acción del hombre sobre el mundo; b) el trabajo es también una acción del hombre que le permite realizarse como tal; en un cierto sentido "se hace más hombre". Por lo tanto el trabajo tiene una dimensión objetiva, porque está produciendo objetos en el mundo; pero tiene a la vez una dimensión subjetiva porque es el hombre el que los produce. Cuando fijamos únicamente la mirada en los objetos producidos y no nos interesa la persona que los produce, entonces cosificamos al hombre y olvidamos la dimensión personal subjetiva del trabajo. Toda la Encíclica está permeada de esta idea.

El trabajo vale no sólo por sus resultados, sino porque el hombre que está trabajando es un hijo de Dios, es un hermano nuestro. Por eso el Papa nos habla de *una solidaridad con los hombres del trabajo*; sólo a través de esa solidaridad podremos nosotros rehacer la sociedad como lo quiere del proyecto del Señor.

Vuelvo a la parábola con que comencé en principio, o sea ese barquito que los hombres llenamos de cosas, de aparatos, de instrumentos. Recordemos que el precio de ese progreso económico es una degradación del hombre; estamos sacrificando las personas, tirándolas al mar y allí vemos sintetizado el problema "de la solidaridad con los hombres del trabajo, y de los hombres del trabajo".



En la gráfica he puesto cuatro versiones del conflicto social. El Papa habla de un conflicto real que se está dando ya, y ha hablado antes de la lucha programada de clases que harán los marxistas; pero, acentúa, hay un conflicto que existe. Para explicar esto, estoy usando estas cuatro versiones: la versión "A", o sea la *A-versión* que es la reacción producida por tirar a los hombres fuera de la barca; eso crea rencor porque a nadie le gusta que estando dentro de la barca se le arroje al agua. Ante este conflicto pueden tomarse tres posturas: hay algunos, como el muñeco que aparece en la ilustración, el cual contempla las máquinas sin que le preocupe la realidad; está de espaldas a ella; a esta actitud le he dado el nombre de *di-versión*; es la técnica de nuestra sociedad capitalista: desviamos la versión para que no miremos donde hay problemas, no miremos donde hay injusticias; para que nos divirtamos pensando en otras cosas superficiales, y no pensemos en este drama profundo de ese conflicto real en los grupos humanos. Frente al hecho de estar ensimismado con las máquinas y con la técnica, en vez de mirar este drama de deshumanización, hay una reacción: la *sub-versión*, que consiste en agrupar a todos los que están en el agua y decirles: Uds. no se dan cuenta que nosotros somos más que los que están arriba? Vamos a conquistar el barco; tiremos al agua, a los que nos han arrojado a nosotros y subamos a él. Esto es subversión, o sea cambiar el orden: los que eran explotadores serán ahora los oprimidos y los que son ahora los oprimidos, serán los opresores.

Aquí nos advierte el Papa algo fundamental: si el cambio consiste solamente en que los que están en el agua suban al barco y éstos caigan al agua, no ha cambiado el hombre; la humanidad no ha cambiado, porque seguimos con el mismo presupuesto fundamental: como no cabemos todos en el barco y hay que meter en él tantas máquinas, algunos tendrán que ser tirados al agua; en una ocasión serán unos y en otra serán otros; pero seguimos siendo una sociedad materialista. Es decir, nuestra jerarquía de valores no cambió; cambió el lugar de las clases sociales, pero seguimos siendo tan materialistas como antes, o sea que preferimos las máquinas al hombre.

Cuál es la propuesta cristiana? Es la CON-VERSION. Tratemos de organizarnos, procuremos que unos y otros seamos razonables; tratemos de estar todos en el barco porque no se trata de tirar a nadie para sustituírlo por las maquinarias. Si hay que sacrificar algo, sacrifiquemos máquinas, pero nunca personas. Esta es la tarea cristiana y es la propuesta que nos hace el Papa: es producir ante este conflicto real, no una alternativa igualmente materialista que consiste en sustituír las personas que han de ir en el barco, sino que lo que tiene que cambiar es la manera de proseguir el barco: todos los hombres dentro, nadie fuera; y si esto no es posible, porque el barco no soporta el peso, tiremos fuera las máquinas pero no sacrifiquemos los hombres. Las máquinas son instrumentos; no deben ser nuestros ídolos.

Aquí tenemos nosotros que examinarnos; nuestro aporte de religiosos es poder ofrecer dentro de este panorama de la Iglesia, un aporte constructivo. Nosotros que hemos hecho votos de pobreza, castidad y obediencia, que queremos en todo momento de nuestra vida buscar la voluntad del Padre como eje de nuestra libertad; que queremos vivir castamente esta donación al hombre universal; que renunciamos a una familia para poder amar a toda la familia de los hijos de Dios con una afectividad profunda, y que queremos poner siempre por pobreza, al hombre por encima de la máquina, tenemos algo qué ofrecer a nuestro pueblo latinoamericano; pero esto tendrá que ser en la vía de la conversión, es decir, hay cosas que tienen que cambiar en nuestra vida religiosa para que podamos cumplir estas líneas que el Papa nos está insinuando.

Cuál debe ser nuestra actitud de conversión como religiosos? Aquí el Papa, con toda su autoridad de magisterio, orientado a toda la Iglesia universal, está recordando verdades del cristianismo: la dignidad de la persona, el deber del trabajo, la dignidad del mismo, la justicia. Conviene que nosotros leamos esto desde un examen de conciencia para ver, como dice el Papa, lo justificado que fue desde la óptica de la moral social, la reacción contra el sistema de injusticia y de daño que pedía venganza al cielo, y que pesaba sobre el hombre del trabajo en aquel período de rápida industrialización. Esta situación estaba favorecida por el sistema socio-político liberal, que según sus premisas de economismo, reforzaba y aseguraba la iniciativa económica de los solos poseedores del capital, y no se preocupaba suficientemente de los derechos del hombrre del trabajo, afirmando que el trabajo humano es solamente instrumento de producción y que el capital es el fundamento, el factor eficiente y el fin de la producción.

Tratando de ver entonces cómo ante esta situación que era justa de reclamar, una solidaridad por los trabajadores, el Papa nos propone las siguientes líneas que podremos nosotros asumir: valorar el trabajo en su dimensión subjetiva, más que la objetiva; y tratar de que en el orden social, nuestro compromiso, como empresarios directos, o como empresarios indirectos, ayude a construir una sociedad donde el trabajo sea justamente remunerado. Por eso, el primer compromiso que nosotros los religiosos debemos tomar ante la Encíclica, es de una *conversión*. Es decir, mudar nuestra mentalidad porque la tenemos bastante contagiada del espíritu materialista del mundo de hoy. Estamos muy lejos de aquel espíritu de las bienaventuranzas que debe ser como el que regule toda nuestra vida religiosa. Cito un texto del documento de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, "Religiosos y Promoción Humana": "Jesús con su propuesta desconcertante de las bienaventuranzas, introdujo un cambio radical de perspectiva, en la evaluación de las realidades temporales, y en las relaciones humanas y sociales que El quiso centrar en una justicia —santidad—, animada por la nueva ley de amor".

Veamos en tres grandes aspectos cómo podemos nosotros vivir esta Encíclica:

1. La práctica de la justicia en el salario, que a su vez tiene otros aspectos;
2. La solidaridad con los hombres del trabajo, y
3. La espiritualidad del trabajo.

Es muy interesante que el Papa, por primera vez en una Encíclica Social, dedique uno de los capítulos al tema de la espiritualidad, porque es muy consciente de que no bastan las ideas doctrinales, ni los consejos de acción práctica, sino que todo esto tiene que encarnarse en una actitud global de nuestro espíritu cristiano, o sea en una espiritualidad.

Con relación a la conversión, veamos entonces qué dice la doctrina de la Iglesia sobre el problema del salario y de la propiedad. Me voy a permitir recordar algo que ya aparecía en la primera encíclica Rerum Novarum de León XIII. En este tiempo había un conflicto que todavía sigue vigente, entre el sistema capitalista que defiende la propiedad privada de los medios de produción (señalado en la gráfica), y por decirlo de alguna manera, el sistema socialista que defiende la propiedad privada de los bienes de consumo. Los medios de producción son las fábricas, y los bienes de consumo son la casa en donde vivimos, la ropa con que nos vestimos, los libros con que se educan los niños y la alimentación.



Estos cuatro aspectos son los aspectos básicos de la vida humana. De hecho, los dos sistemas no garantizan las dos propiedades privadas a la vez; de tal manera que el sistema capitalista defiende la propiedad privada de los medios de producción; pero muchos campesinos, obreros, no tienen casa, tienen sus vestidos deteriorados, los hijos no tienen libros para el estudio, y la comida es escasa. Es decir, enormes sectores de ciudadanos sufren carencia en los bienes de consumo más elementales para la vida humana, resultado de un sistema que privilegia ante todo la defensa de la propiedad privada de los medios de producción.

Por el contrario el socialismo quiere ofrecer a todos los campesinos y trabajadores de sectores populares, esa vivienda, esa ropa, esa educación, esa comida; pero considera necesario para dar esto a todos, sacrificar la propiedad privada de los medios de producción.

Ahora bien, la Iglesia que defiende la propiedad privada de los medios de producción, ha visto en esa propiedad una garantía contra un estado totalitario, nos dice Juan XXIII en Mater et Magistra. Este argumento de la defensa de la propiedad privada de los medios de producción existió desde la Rerum Novarum. Es muy interesante ver cómo el Papa defiende y para qué defiende esa propiedad. León XIII, lo mismo que lo hace actualmente Juan Pablo II, reconoce que un sistema liberal capitalista no siempre ha defendido estos intereses de los trabajadores, y piensa que todo trabajador tiene derecho a la propiedad privada de los medios de producción. El Papa afirma lo siguiente: "Todo trabajador, mediante un salario justo que debe alcanzar para la propiedad privada de los bienes de consumo y además para el ahorro, debe llegar a la propiedad privada de los medios de producción". Es interesante ver como el Papa Juan Pablo II vuelve a insistir en que no hay que separar trabajo y propiedad; el trabajo y la propiedad deben ir juntos; y la manera de juntarlos es el salario justo. Por salario justo se entiende el que permite vivir bien y además ahorrar para poder llegar a la propiedad privada de los medios de producción.

Yo creo que estamos viviendo un malestar muy grande. Cuando la Iglesia defiende para los trabajadores la propiedad privada de los bienes de consumo, como de hecho está diciendo lo mismo que el socialismo que quiere defender eso, se le acusa de marxista; es decir, la Iglesia es marxista porque propicia y defiende los derechos laborales; pero la Iglesia también defiende la propiedad privada de los medios de producción y entonces se acusa a la Iglesia de que es capitalista. Si Uds. se dan cuenta, la posición de la Iglesia difiere del marxismo en que no sacrifica la propiedad privada; y difiere del capitalismo, en que por defender esto, no sacrifica para los trabajadores la propiedad de los bienes de consumo. Es decir, la Iglesia como propuesta, quiere ofrecer algo que no es el socialismo, ni es el capitalismo: un sistema donde el trabajador llegue a ser propietario. Pero todo esto descansa en la práctica del salario justo, ya que sin esta condición es imposible un sistema donde el trabajador llegue a ser propietario.

Me parece que el sentido más exacto de la doctrina de la Iglesia es: la Iglesia defiende, no tanto el derecho de propiedad de los ya propietarios que son los que están fijando el salario, sino más bien el derecho a la propiedad privada de los medios de producción, como derecho de los trabajadores. Aquí está

la gran novedad, pues que todo trabajador debe llegar a la propiedad privada de los medios de producción no lo defiende ni el capitalismo, ni el socialismo. Insisto, en que el eje de toda esta argumentación es la doctrina del salario justo.

Para comprender un poco más el esquema No. 4 que ya vimos, en el cual figura la plancha de precio de venta, de costo y los tres elementos de producción: Materia Prima, Maquinaria y Trabajador, voy a contarles una especie de novela de espiritualidad ficción; o sea imaginarnos algo que podría pasar, pero que todavía no ha pasado.

Este cuento se refiere al retiro que hicieron diez empresarios durante una Semana Santa. El padre que les estaba predicando tenía una conciencia social muy grande y les habló mucho del salario justo; les explicó, en una palabra, la Encíclica. Tres de los empresarios pensaron que el padre era comunista porque había estado diciendo que había que conceder a los trabajadores el derecho de propiedad de los bienes de consumo. Fueron a hablar con el Obispo, y éste que conocía muy bien al Padre, les explicó que lo que se había propuesto, era explicarles la doctrina de la Iglesia; así que afirmó lo dicho por el predicador y mantuvo su línea.

Los siete empresarios que quedaron, empezaron a estar cada vez más impactados y terminaron por convertirse. El Padre nos ha dicho que tenemos que pagar el salario justo y que éste no coincide con el salario legal —este si que lo cumplimos—, pero no es el salario justo. Debemos pagar un salario que alcance para que el trabajador viva decentemente e incluso pueda ahorrar para llegar a la propiedad privada. Los empleados empezaron a recibir entonces el salario justo, así que el precio de costo subió (hasta la línea punteada) con lo cual se redujo el lucro. Así prosiguió hasta el final del año y los obreros estaban felices pensando que la Iglesia tenía la solución al problema social. Se dijeron: La solución a todo el problema social es que los empresarios hagan un retiro. Uds. pueden imaginarse las inquietudes de los sindicatos marxistas: todo lo que ha dicho Marx de la lucha de clases no esta bien, porque la Iglesia con tres días de retiro a empresarios, ha conseguido resolver un problema que la humanidad ha estado peleando siglos y siglos.

Grandes embajadores se iban a Moscú para ver qué pensaban de este fenómeno tan raro.'Lo mismo sucedía en China. Cómo era posible que en un país latinoamericano, siete empresarios, por el hecho de haber ido a un retiro espiritual hubieran terminado con todo un problema social?

Esto duró del mes de mayo al mes de diciembre. En el mes de diciembre se reunieron todos los accionistas y vinieron alarmados porque las ganancias se habían reducido. Preguntaron al empresario lo sucedido y él explicó que debido a un retiro que había hecho se había dado cuenta que no obraba con justicia y había subido los salarios; pero los accionistas reunidos decidieron cambiar de empresario para el día primero de enero del año siguiente. Y la moraleja de mi cuento es: "empresario CONVERTIDO, empresario DESPEDIDO".

Ya me imagino que Uds. pensarán que la solución para el problema no puede ser sólo casas de retiros para empresarios, sino también para los accionistas; en ese capítulo todavía no había pensado. Pero por lo menos quiere

ilustrar con este ejemplo el problema que el Papa señala con mucha claridad: hay un empresario directo que fija el salario y hay un empresario indirecto qu obliga al empresario directo a fijar ese salario bajo.

El problema de la justicia salarial no está sólo en las manos de los empresarios; está en las manos de toda la sociedad, y por eso dice el Papa: "El empresario indirecto puede ser el Estado con sus leyes laborales; si el Estado fija como mínimo un salario que se dice legal, pero es totalmente injusto, desproporcionado a las necesidades vitales, el estado está impidiendo que un empresario directo honesto y honrado, pague lo que se debe pagar, porque entonces las otras empresas se contentarán con el salario legal mínimo y el empresario que pague más saldrá perdiendo. Se entra en el mecanismo de la competencia económica.

También, dice el Papa con mucha razón, un elemento del empresario directo puede ser esa dependencia internacional. Si una taza de tinto de café colombiano en Nueva York tiene un precio bajo, se debe a que el exportador de café lo tiene que exportar barato, porque si no lo hace, en Estados Unidos, en lugar de comprar el café colombiano, van a comprar el café brasileño; y para exportarlo barato, cada uno de los exportadores del Brasil o de Colombia tiene que pagar bajo al campesino que lo produce; es decir, es todo un mecanismo de causalidades que no dependen sólo del Estado local, sino de una situación del mercado internacional que está obligando al empresario directo a pagar salarios que no son dignos; por tanto, el problema salarial, es un problema que nos cuestiona a todos. Nosotros también estamos, en cierta manera, involucrados porque, en algunos casos, los religiosos somos empresarios directos, ya que fijamos salarios a personas que trabajan con nosotros, y desgracidadamente no creo que sea muy llamativo el ejemplo nuestro en el sentido de que tengamos un criterio diferente de cualquier buen negociante. Queremos ahorrar lo más posible; nos contentamos con los salarios legales y a veces tal vez ni llegamos a eso; no nos pasa por la cabeza ese concepto tan riguroso de un salario justo.

El Papa no se detiene a definir que es un salario justo, pero tiene una frase que ilustra suficientemente: salario justo es el que debe permitir a un padre de familia mantener a sus hijos y a su mujer decorosamente, permitiendo que tengan una vida decente y humana. Eso es salario justo. Entonces, cuando la familia del trabajador tiene que vivir en condiciones infrahumanas, cuando la mujer tiene que dejar el hogar —un aspecto en que el Papa insiste mucho— para poder aumentar las entradas pra el sostenimiento de la familia, todo esto está revelando una situación muy lejana de los principios cristianos. Por eso sería muy conveniente que nosotros, los religiosos, buscáramos los medios para poder pagar salarios justos; que se vea que el empresario directo, en este caso el religioso, ha hecho voto de pobreza, que no tiene el lucro como la motivación más esencial de todas sus obras e instituciones.

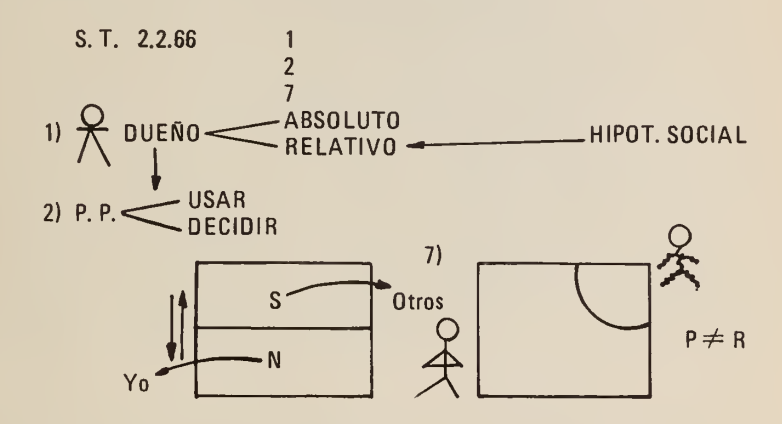
Pero hay otro aspecto básico y es el siguiente: todos nosotros hacemos parte de los empresarios indirectos, no porque estemos metidos en el mercado mundial, o seamos parte del Estado; pero sí porque somos forjadores de la conciencia en nuestros colegios. Los que van a ser empresarios el día de mañana están pasando por nuestros colegios y muchas veces nosotros no hemos dado ningún elemento de esta formación de conciencia en materia salarial;

pasa una generación y otra generación, y no hay un cambio sensible en la sociedad. Los criterios que tienen los padres de familia de los actuales alumnos, y los que van a tener los presentes alumnos cuando sean padres de familia, siguen siendo los de esa sociedad materialista que privilegia el capital sobre el trabajo; por eso es muy importante que incluyamos en nuestra formacion, muy seriamente, la doctrina social de la Iglesia. Que realmente nuestros alumnos salgan muy conocedores de estos principios éticos de justicia salarial. Señalo dos campos particulares donde también nosotros, como empresarios indirectos podemos actuar, que son: el testimonio de pobreza, es decir, nuestra relación con el mundo que no es una relación de acumulación de negocio, y el uso responsable del capital.

NECESIDAD DE VOLVER AL PENSAMIENTO DE SANTO TOMAS DE AQUINO PARA FUNDAMENTAR NUESTRA DOCTRINA SOCIAL SOBRE LA PROPIEDAD

Quiero entrar ahora a un capítulo que es sumamente importante. El Papa, muchas veces en su magisterio social, insiste en la necesidad de volver el pensamiento de Santo Tomás de Aquino para fundamentar nuestra doctrina social sobre la propiedad.

Vamos a ver entonces, mediante la ilustración que les presento un poco esta doctrina contenida en la Suma Teológica:



Las letras S.T. se refieren a la Suma Teológica y el número indica la segunda parte (Secunda-Secundae) la cuestión 66, y los arts. 1, 2 y 7 donde están los elementos tal vez más cuestionantes para nosotros sobre lo que es el concepto cristiano de propiedad.

En el primer artículo, Sto. Tomás se pregunta lo siguiente: el hombre puede ser dueño de las cosas? El único dueño absoluto de todo es Dios; nosotros sólo somos administradores y como tales no tenemos derecho a destruir nada

porque el hombre no tiene derecho a destruír nada que no haya creado. Entonces el derecho, el dominio absoluto es sólo de Dios. Ahora, si por dueño se entiende en un sentido relativo, el hombre puede ser dueño de las cosas porque es imagen de Dios; y esta idea es la que fundamenta la afirmación de Juan Pablo II de la hipoteca social de la propiedad privada: nadie tiene derecho a un uso absoluto de la propiedad; la propiedad privada siempre está hipotecada socialmente; es decir, yo tengo que usar la propiedad atendiendo al bien común.

Pasamos al Art. 2o.: La propiedad privada cómo se define? Santo Tomás vuelve a hacer esa distinción: la propiedad privada no es el derecho de usar privadamente lo que tenemos. La propiedad privada consiste solamente en decidir privadamente. El que es dueño decide; pero eso no quiere decir que se quede con todo, sino que tiene que compartir.

El esquema que lo explicaría sería éste: yo soy dueño de todo este cuadro; es decisión mía, y sólo mía, no de otro, ni el Estado, ni la Iglesia, sino sólo decisión del propietario, el poner una línea divisoria entre lo que es necesario y lo que es superfluo. Yo puedo poner la línea divisoria bien arriba y creer que todo lo necesito y gastar muchísimo en necesidades bien superfluas, perjudicando a otros que están en necesidades casi mínimas, vitales, sin poder satisfacerlas. En este caso mi decisión será egoísta. Pero yo puedo poner la línea divisoria muy abajo, e incluso sacraficarme dejando de atender muchas necesidades para poder compartir con los demás. En ese caso seré muy generoso. Es una decisión mía el subir o bajar ese límite entre lo necesario que yo puedo usar con toda tranquilidad, y lo superfluo que debo compartir con los otros; ese límite es lo que está marcando, en definitiva, mi actitud de conciencia delante de Dios; es como el gran termómetro de nuestra vida cristiana, la manera como compartimos nuestros bienes con nuestros semejantes; y esa es una decisión de conciencia de cada propietario.

El concepto de propiedad, de Sto. Tomás por tanto, es el siguiente: la propiedad tiene una función personal porque decido en favor mío; pero tiene también una función social porque mi decisión de compartir los bienes superfluos afecta el bien común. Si yo soy generoso comparto más; si yo soy egoísta comparto menos. Pero hay una dimensión de la propiedad que no es sólo para mí; tengo que pensar que las cosas que yo tengo las debo compartir con los otros. Desgraciadamente, como nuestra sociedad es una sociedad de consumo, tiende casi excesivamente a subir el límite de lo necesario; de tal manera que creemos que todo es necesario, y entonces con este criterio es obvio que no quede mucho para compartir.

Yo diría, que fundamentalmente, toda experiencia cristiana debería marcar un espíritu anticonsumista, o sea que tenemos que ir contra la sociedad de consumo lo cual significa establecernos en un límite de austeridad, sobre todo para quienes nos hemos comprometido a seguir a Jesucristo. Un límite de austeridad, de simplicidad de vida, donde podamos compartir con los demás las cosas que no son necesarias.

El Art. 7o. es un artículo muy interesante. Dice Santo Tomás: y qué sucede cuando el pobre que debería tener cierto derecho a usar de los bienes y el rico que tiene derecho a decidir, no coindicen? (En la gráfica representamos

al rico con los brazos cruzados, ante un pobre en extrema necesidad). El pobre en extrema necesidad le pide al rico que le dé algo para poder subsistir y el rico se niega a ello. Santo Tomás se imagina el caso siguiente: si este pobre tomara una parte de lo que el rico se negó a darle y se lo llevara, habrá cometido un pecado de robo?, se pregunta. Y entonces tratando de explicar qué cosa es robar, Santo Tomás pone cinco características. Robar es:

1. quitar
2. algo
3. a alguien
4. contra su voluntad
5. legítima

Hasta aquí parece que este señor robó, porque quitó al rico una cosa contra su voluntad, pero la 5a. característica que pone Santo Tomás es muy importante: contra su voluntad *legítima*. Y el rico no tiene voluntad legítima cuando no quiere compartir sus bienes con un pobre en extrema necesidad. Está poniendo muy claramente las cosas encima, y colocando al hombre debajo. Por eso no es pecado quitarle a ese rico, dice Santo Tomás. Y para que vean mejor qué cosa es eso de no tener voluntad legítima, nos pone otro pequeño ejemplo. Dice: será pecado quitarle a un loco un cuchillo que es de sú propiedad. Pero a este loco se le ha ocurrido que el mejor lugar para guardar el cuchillo son las entrañas del vecino. Entonces, será pecado quitárselo? Natural, dice, que no es pecado; porque aunque es *quitar algo* (el cuchillo) *a alguien* (el loco) *contra su voluntad* (el loco no quiere que se lo quiten), la voluntad de guardar el cuchillo en las entrañas del vecino, *no es legítima.*

En los dos ejemplos Santo Tomás nos quiere decir: el rico que no comparte, y el loco que quiere guardar el cuchillo en el estómago del vecino, los dos, han perdido un poco la razón. Es decir, no tienen un uso humano de las cosas. Yo no puedo dejar que una persona en extrema necesidad se muera para respetar mi sagrada propiedad privada. La vida de los hombres es más importante que la propiedad y si no pienso así, no tengo un pensamiento cristiano.

Algo muy interesante: Santo Tomás nos dirá, en definitiva, que *la propiedad es responsabilidad.* Este es el verdadero sentido cristiano de la propiedad. En el gráfico, he puesto el signo "igual", roto, porque hoy nuestra sociedad está viviendo la ruptura de esta identidad; es decir, por un lado va la propiedad, y por otro va la responsabilidad.

El sistema moderno, sobre todo de las grandes firmas, es el siguiente: Ud. entrega su capital y no tiene que preocuparse por las decisiones que se toman en la empresa para hacerlo fructificar; la firma se encarga de hacerlo trabajar y darle la mayor rentabilidad; quien lo ha colocado tiene únicamente que recoger utilidades dos o tres veces al año. Con esto pueden suceder cosas increíbles, como que una comunidad de monjitas que han hecho voto de castidad entregue su capital a una financiadora, la cual viendo que el negocio más rentable es la edición de revistas pornográficas, se dedica a ello. Esto es simplemente una suposición muy posible. Los capitales que las comunidades religiosas estamos colocando en bancos o en empresas, no sabemos qué proceso siguen, nos contentamos simplemente con percibir las utilidades. Par-

tiendo de las líneas que el Papa nos dá, los religiosos tenemos una obligación seria y grave de ver que nuestros fondos no vayan a favorecer proyectos de explotación del trabajo. Es lo mínimo que debemos hacer. Con esto no quiero discutir que muchas veces las comunidades religiosas, a través de la colocación de estos fondos, están asegurando la formación de los hermanos más jóvenes o tratando de asegurar la protección de los hermanos mayores o ancianos. Pero lo que preocupa es que nosotros, los religiosos, no hemos ni siquiera tenido el sentido ético para darnos cuenta que de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, propiedad es responsabilidad, estamos entregando a otros nuestra propiedad para los usos más irresponsables. Yo creo que aquí se impone un profundo examen de conciencia.

Este sería un primer capítulo de nuestra conversión. Es decir, luchar por la justicia, desde nuestro nivel de empresarios directos, y también desde nuestras posibilidades de empresarios indirectos. Hagamos que lo social sea un eje-bien central en la formación que demos en nuestros colegios, en nuestras instituciones. Que realmente la Encíclica del Papa la tomemos en serio. Poner el trabajo encima del capital es la más fabulosa revolución de los dos últimos siglos. Pero que esto no se quede en frases bonitas, sino que empleemos todos los medios para que la persona esté siempre encima de las cosas, que la justicia social esté encima del desarrollo económico. No queremos pogreso económico sin justicia social; esto debe ser repetido e insistido; debe ser una de nuestras contribuciones religiosas a la sociedad en que vivimos.

La solidaridad con los hombres del trabajo.

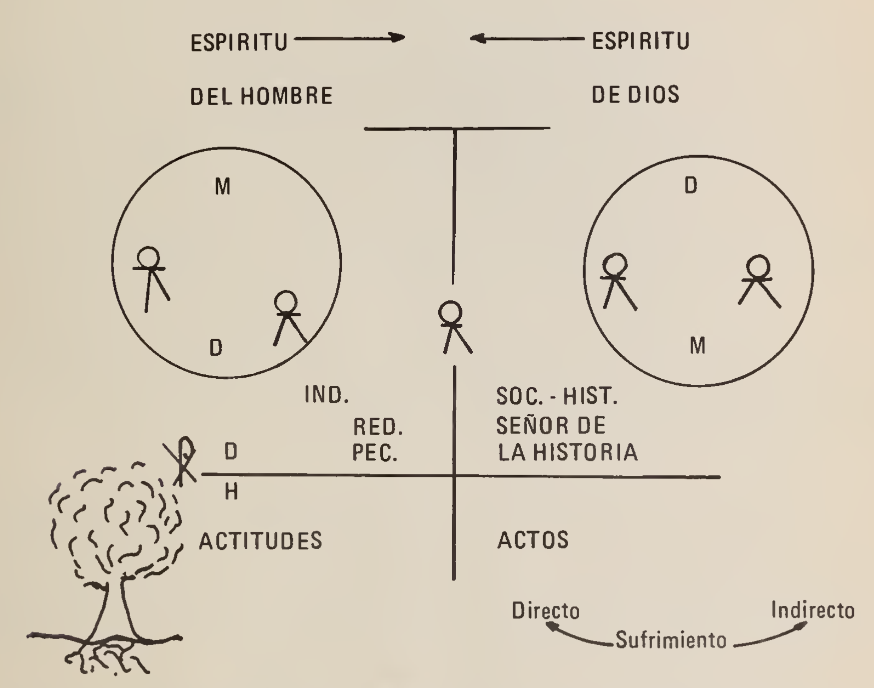
Esta sería una segunda dimensión. Volvamos a la imagen del barquito; es decir, la *a-versión*, la *sub-versión*, la *di-versión*, la *con-versión*. Con mucha frecuencia se escucha que cuando uno toma la solidaridad de los trabajadores se mete en una lucha de clases, o se mete en política. No quiero negar que con frecuencia la solidaridad con los trabajadores también tiene ese sentido; un sentido de lucha de clases o un sentido político. El Papa nos dice que la lucha cristiana no es una lucha contra nadie; es a favor de la justicia; y tal vez porque es a favor de la justicia, tendremos que contraponernos con personas; pero no las queremos eliminar; las queremos convertir; queremos que todos estemos en el barco y no simplemente sustituir las personas que están fuera de él por las que están dentro de él.

El Papa es un hermosísimo ejemplo para afirmar la solidaridad sin caer, ni en política, ni en lucha de clases; no seamos tan fáciles, cuando vemos un acto de solidaridad, en calificarlo inmediatamente como lucha de clases, como partidismo, como política, porque entonces los religiosos, los laicos y los cristianos no vamos a poder seguir al Papa; también de él podríamos decir eso. Y sin embargo el Papa lo dice claramente: mi solidaridad no es el egoísmo de una clase contra otra; no es la manipulación de un partido político. Hay una razón mucho más de fondo de la solidaridad: es la razón humana. Sólo desde los pobres explotados podremos hacer una labor racional, humanizante con los que están encima del barco. Si nosotros nos ponemos de parte de los que están tirando gente al agua, no hay manera de hacerlos entrar en razón; es solamente desde la gente que está en el agua como ellos van a racionalizarse, van a humanizarse, a recuperar el sentido de lo humano. El

Papa nos invita: seamos solidarios con los hombres del trabajo, sin ser clasistas, sin ser militantes políticos. Hay una tercera solución, que es la solución de una solidaridad cristiana. En esto el Papa nos dá ejemplo. El habla bien claramente a fin de que esa solidaridad, al mismo tiempo que no cae en ambigüedades de una solidaridad con interés de clases o de partidos, sea una solidaridad por los trabajadores, sea una solidaridad humana, para todos.

La espiritualidad del trabajo.

Qué concepto de espiritualidad usa el Papa? Es muy interesante. El no define qué cosa sea; pero de alguna manera en el primer número habla de ello y dá a entender que la espiritualidad es el encuentro de los espíritus: del espíritu del hombre con el Espíritu de Dios. Entonces dice: el trabajo, aunque sólo sea trabajo manual, no deja de ser una actividad de todo el hombre. Todo el hombre está envuelto en el trabajo, corporal y espiritualmente. Entonces el espíritu del hombre en el trabajo, debe encontrarse con el Espíritu de Dios en el trabajo. En términos bien concretos, sería el shock entre nuestra realidad donde el trabajo está degradado, está instrumentalizado, con esta otra realidad que es el proyecto de Dios, el proyecto de justicia. Una espiritualidad del trabajo consiste en recuperar el proyecto de Dios en el trabajo, vivirlo cada uno de nosotros; situar nuestro trabajo y el de todos los hombres dentro del plan de salvación, el plan salvífico de Dios.



En la gráfica he tratado de ilustrar algo de lo más interesante de la Cristología de Puebla. Puebla insiste mucho en que la persona de Jesús sea presentada en estas dos dimensiones: de la naturaleza divina y de la naturaleza

humana. No podemos predicar a Jesuscristo ni sólo Dios, ni sólo hombre, sino un Jesucristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Entonces la línea horizontal con los dos campos de *lo divino y lo humano de Jesús*, presenta la verdad integral de Jesucristo. Pero esta verdad integral de las dos naturalezas de Jesús, tiene que cruzarse con la verdad integral del hombre, y el hombre tiene a su vez dos dimensiones: la *dimensión individual* y la *dimensión social e histórica*. Es muy interesante que el Papa al hablar de la espiritualidad del trabajo, casi inmediatamente la coloca en relación con la persona de Jesucristo; y viene a decir que toda espiritualidad del trabajo nos tiene que llevar a vivir profundamente la amistad con el Señor; es decir, la espiritualidad del trabajo no es una idea, no es un concepto, es una vivencia profunda del corazón; por eso la espiritualidad nos tiene que llevar a esa amistad.

Leo este aparte que es muy hermoso: "Si la Iglesia considera como deber suyo pronunciarse sobre el trabajo bajo el punto de vista de su valor humano y del orden moral, en el cual se encuadra, reconociendo en esto una tarea específica importante en el servicio que hace al mensaje evangélico completo, contemporáneamente ella ve un deber suyo particular en la *formación* de una *espiritualidad del trabajo*, que ayude a todos los hombres a acercarse a tráves de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo, y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo, asumiendo mediante la fe, una viva participación en su triple misión de Sacerdote, Profeta y Rey, tal como lo enseña con expresiones admirables el Concilio Vaticano II".

Es decir, para el Papa la espiritualidad del trabajo es una manera integral de asumir lo que en el nivel de los conceptos de la enseñanza de la ortodoxia acaba de decir, pero que llega hasta el corazón; o sea, tiene que llevarnos a profundizar en nuestra vidas la amistad con Jesucristo. Por eso la espiritualidad del trabajo no puede vivirse al margen del seguimiento de Jesús.

He tratado de presentar en estos cuatro espacios toda esta realidad de Jesucristo; es decir, *la divinidad de Jesús* y *nuestra individualidad* tienen que encontrarse en esa experiencia profundísima de la *redención del pecado*. Lo más personal nuestro, el fruto de nuestra libertad que es el pecado, y lo más divino de Jesús, se cruzan en esa experiencia. La redención del pecado es la certeza de que la muerte de Jesús, porque es Hijo de Dios, me ha perdonado el fruto más terrible de mi propia libertad como conciencia individual. También nuestra individualidad tiene que acercarse a la humanidad de Jesús, y esto sería *imitar las actitudes de Jesucristo*.

Las actitudes las gráfico como las raíces de un árbol; no se ven. Son las posturas fundamentales que cada uno de nosotros tiene ante Dios, ante los hermanos: esas posturas aparecerán después en los actos específicos; pero esos actos están revelando la raíz. Jesús dice que por los frutos se conocerá el árbol. Entonces yo no puedo decir que tengo una actitud de gran masedumbre y humildad, si lo único que aparece de mí son actos de cólera y de impaciencia. La raíz no es de mansedumbre si dá frutos de cólera.

Sin embargo, nuestro seguimiento de Jesús no es puramente individual; es la conciencia de la redención del pecado y la imitación de las actitudes de Jesús; nosotros tenemos que aprender a imitar sus actos, su conducta pública,

porque Jesús no es solamente un maestro de espiritualidad interior: El nos enseña cómo hay que anunciar el Evangelio del trabajo; y así como a El el Evangelio del Reino le llevó a una confrontación, a una lucha, a una persecución, hoy anunciar el evangelio del trabajo nos va a hacer participar de esta lucha de la humanidad de Jesús en la dimensión social e histórica del hombre.

Finalmente, *la divinidad de Jesús* aparece también *en relación con la sociedad y con la historia*, a través del señorío de Jesús en esa historia. Pero Jesús aparece como Señor sólo a través de la resurrección; es un dominio de la historia que percibimos en la fe. Aparentemente Jesús muere como un fracasado, y sólo sabemos que esa muerte del viernes santo se transforma en la alegría de la resurrección del domingo, por la fe. El Papa nos indica que este podría ser como nuestro programa de espiritualidad del trabajo; Jesús no tuvo que pedir perdón a Dios por los pecados de trabajo, porque El no pecó, sino que asumió nuestros pecados, asumió nuestras debilidades y flaquezas; pero nosotros sí que tenemos que pedir a Dios perdón. En una espiritualidad del trabajo tiene que estar integrado un examen de conciencia muy profundo en el cual se considera todo lo que hemos mencionado antes: cómo nosotros, incluso religiosos, no hemos valorado el trabajo humano con criterios cristianos; nos hemos dejado llevar del materialismo de la sociedad. Les pongo un ejemplo: alguna vez me decía una hemana: Padre Ud. dice que el salario justo debe ser proporcionado a las obligaciones que tiene una persona; por ejemplo, si el trabajador es padre de cinco hijos, hay que pagarle más que si fuese soltero, o si no tuviese hijos. Le respondí que efectivamente esa era la doctrina de la Iglesia. Pero, me dijo, entonces nadie va a querer emplear a los padres de familia con varios hijos! Si usamos ese criterio, le dije, somos materialistas porque entonces estamos pensando en cuánto es que vamos a pagar y no en lo que vaya a contribuír para que un padre de familia mantenga a cinco hijos. Muy fácilmente, nosotros mismos caemos en ese espíritu materialista. Entramos en esa dinámica y nos parecería absurdo dar trabajo a un padre de familia con siete hijos, mientras podemos emplear a un obrero que no tiene hijos y así poderle pagar menos. Con esto nos damos cuenta de que estamos muy metidos en esta sociedad de pecado.

Un segundo aspecto es *imitar a Jesús en sus actitudes*. Y Jesús evidentemente, como lo dice el Papa, fue el hombre del trabajo. El Papa nos habla de asimilar a Jesucristo en el sufrimiento del trabajo. Yo diría que en ese sufrimiento de que habla el Papa, hay un sufrimiento directo: aquel que me produce el trabajo que yo estoy haciendo; y esto lo tengo qué vivir con Jesús. Jesús también sudó, trabajo, pasó por algo difícil, y esto es parte de su pasión. Transformar el mundo, la naturaleza para servicio de los hermanos, es algo costoso y difícil; hagámoslo en unión con esa pasión del Señor. Pero yo me voy a permitir tomar una idea que me parece muy bonita. El Papa no la explicita, pero dá como una pista para esto: hay también un sufrimiento indirecto por causa del trabajo. Si es verdad que cuando yo trabajo estoy sufriendo el cansancio de mi trabajo, y eso se lo tengo que ofrecer al Señor, acaso no le tengo que ofrecer los sufrimientos que me van a venir por luchar por los derechos del trabajo de los demás? Indudablemente quien se pone a ser solidario con los hombres del trabajo, como nos pide el Papa, va a ser calumniado, perseguido, mal entendido, etc. Vendrán mil consecuencias, mil sufri-

mientos, indirectos del trabajo. Yo no estoy sufriendo tanto porque estoy haciendo un trabajo directo; pero hay sufrimientos que nos van a venir si queremos que el valor del trabajo de nosotros sea realmente apreciado en términos cristianos; nos van a acusar de utópicos, nos van a señalar como gente que no tiene ninguna preparación en economía. Hay mil argumentos con que se nos va abrumar por haber querido simplemente repetir lo que el Papa dice: que el trabajo debe estar antes que el capital. Hay que prepararse a esta verdadera pasión. La pasión de Jesús no es solamente el sufrimiento porque a El le tocaba sufrir; es consecuencia de haber anunciado el Evangelio. Anunciar el Evangelio del trabajo nos va a traer a todos los cristianos, y más a los religiosos, sonsecuencias de pasión. Es muy importante que cuando suframos esas consecuencias, las sepamos vivir en unión con la pasión de Jesús. Esta es otra dimensión de la espiritualidad.

El trabajo es también un misterio de Pascua; no solamente tiene un aspecto de sufrimiento social, histórico, fruto de confrontación, de lucha por haber querido anunciar el Evangelio del trabajo, sino que revela la Pascua del Señor. El Papa dice que cuando yo estoy trabajando y produzco algo bueno, eso bueno, ese producto de mi trabajo tiene algo de Pascua, algo de paso de la muerte a la vida, de la materia no controlada por el hombre, a la materia organizada para hacer la vida más humana.

Yo diría que mucho más todavía hay un sentido de Pascua, cuando de una sociedad injusta, donde el trabajo no ha sido valorado, pasamos a una sociedad justa donde el trabajo es valorado. Entonces, ojalá que nuestro proceso, nuestro compromiso por seguir a este Jesucristo que es el sentido de toda nuestra existencia, nos lleve a vivir una auténtica espiritualidad del trabajo en la alegría; es decir, que realmente podamos seguir estos cuatro elementos del Cristianismo integral; no nos quedemos con un aspecto parcializado, ni con un Jesús puramente humano o histórico, ni tampoco en un Jesús que es puramente Dios para la conciencia individual, sino que abarca todos los aspectos de Jesús: la divinidad y la humanidad, pero también todos los aspectos integrales de nuestro ser: lo individual, lo personal, y lo colectivo y lo histórico. En definitiva, la espiritualidad del trabajo la tenemos que vivir en el seguimiento de Jesucristo.

El Papa nos llama, nos invita a una espiritualidad de trabajo; que los religiosos que estamos aquí no sólo podamos dar el obsequio de nuestra razón que acepta el magisterio del Papa, sino el testimonio de nuestra vida viviendo esa espiritualidad del trabajo en nuestra vida religiosa.

PREGUNTAS FORMULADAS AL CONFERENCISTA

— Cómo se haría para saber cuándo la inversión está mal empleada en los Bancos y demás sitios donde se asegura para recibir intereses?

R/. Según los estatutos de las Sociedades Anónimas, las autoridades supremas son siempre los accionistas; es decir, que la empresa, los gestores, los que toman la responsabilidad en las decisiones no son la última autoridad, sino los accionistas. Lo que pasa es que éstos, por regla general lo único que preguntan es: cuánto ganamos? Y no: cómo lo ganamos? Pero

tenemos derecho de hacer las dos preguntas. Un hermosísimo testimonio de los religiosos sería que hicieramos siempre la segunda pregunta y así pondríamos una nota de moralidad, aún en la práctica actual. O sea, yo no estoy suponiendo que se haga ningún cambio, sino que allí donde se tiene ahora el dinero se pregunte: cómo se usan las inversiones? con ello indicariamos que el religioso no sólo tiene interés en lo económico, sino en lo justo y moral.

Hay tres preguntas que van en la misma línea: De acuerdo a lo expuesto sobre las inversiones de capital; 1a. qué sería lo más aconsejable en este momento? 2a. Si no se pusieran a ganar los fondos de una comunidad qué se haría con ellos? 3a. Los fondos se pueden dejar inactivos? Qué seguridad habría?

R/. Yo me atrevería a hacer una sugerencia que quizá puede parecer muy utópica. En el sistema actual, el dinero que se coloca en los Bancos, va a ser prestado a personas que ya tienen dinero, por la sencilla razón que estas entidades no prestan nunca a un persona que no ofrezca garantías; entonces el sistema automáticamente margina a los pobres. No sería muy bonito que los religiosos, uniéndonos, pudieramos ofrecer nuestro capital justamente para la gente que no tiene dinero, y que nunca va a recibir prestado de ninguna otra Institución? Naturalemente que esto es más inseguro; pero sería un rasgo muy lindo que el capital de los religiosos estuviese dedicado a una misión mucho más social.

Esta es una simple pista de algo que creo rebase la problemática de una comunidad pero que estructuras como las Conferencias Nacionales de Religiosos, la CLAR y otros organismos internacionales podrían estudiar y ofrecer soluciones. El servicio que podría hacer la Conferencia de Religiosos sería proporcionar una lista de empresas desaconsejadas y otra de empresas que son más aceptables.

Preguntas referentes al papel específico que tenemos qué desempeñar los religiosos ante el sistema estructural de la sociedad actual:

1a. Qué método sería más práctico para que el mundo actual cambiara la injusticia por la justicia?

2a. Cómo actuar la justicia sin engendrar violencia?

3a. Si el problema de la injusticia es estructural y a nivel internacional, la alternativa que propone la Iglesia del salario juto es posible? No será una simple utopía?

4a. Cómo conciliar el deseo del Papa de que la mujer se dedique a su misión de madre, y las exigencias de la vida profesional, hoy?

R/. Yo creo que no hay que leer la frase del Papa, de que la mujer se preocupe fundamentalmente de esa función maternal, como un retroceso de todo el movimiento de la promoción de la mujer que hoy el mismo Papa reconoce, sino más bien en el sentido de llamar la atención sobre que no se tiene que sacrificar al función de la mujer como madre, por ese tipo de problemática angustiosa económica, muchas veces determinada por un salario muy bajo e inhumano; creo que en la mente del Papa está también el recordar a los varones que son padres de familia; es decir,

la obligación de ambos de poder trabajar en el ámbito profesional, sin descuidar sus funciones familiares. Desgraciadamente conocemos muchas familias donde el marido y la mujer están viviendo casi sólo en función de lo profesional; donde los hijos son constantemente abandonados; los padres, muy absorbidos por sus trabajos, no tienen tiempo de conversar con sus hijos. Creo que aquí es donde el Papa acentúa más el papel de la familia; hay que recordar a los dos, varon y mujer, que la función de la paternidad y la maternidad en el hogar son partes importantes de la vida. A veces los padres piensan, que lo único que tienen qué dar a sus hijos es dinero para una educación; y muchas veces es más importante el cariño, la conversación, la amistad, que la educación en un colegio de los más caros. Lo que se pide es volver a los valores más fundamentales.

Para responder a las otras preguntas, lo siguiente:

El problema de América Latina es PICANTE. Qué quiero decir con ello? La "P", quiere decir *pobreza*; la "I", quiere decir, *injusta*, la "C" quiere decir, *hecha por cristianos.*

Entonces el problema que tenemos que afrontar, ante el cual estamos, *es picante.* Es decir, el problema reside en la pobreza; pero pobreza ha habido siempre en la humanidad; eso no es nuevo. Lo grave y lo nuevo es que esa pobreza está permanentemente engendrada por las estructuras de la sociedad; es una pobreza injusta. Lo grave es que hoy hay mecanismos para producir pobreza en cantidades terribles; antes, la humanidad no conocía tanto progreso, pero tampoco había tanta miseria. Y lo gravísimo de todo esto, es que *es una pobreza injusta producida por cristianos.* Esto es lo doloroso. Si América Latina fuera un Continente pagano, uno podría decir: es explicable que haya injusticia, porque este pueblo no conoce a Jesucristo; si oyera predicar el Evangelio, viviría de una manera diferente; pero lo que es terrible, es que un continente que ha sido evangelizado —y de esto no cabe duda, los obispos lo dicen en Puebla por activa y por pasiva—, un continente que ha recibido el Evangelio, está viviendo en la negación y el escándalo de la fe y la injusticia.

Entonces, cuál es nuestra tarea como religiosos? En esta tarea del *problema picante*, la "P" y la "I", son tareas comunes que conciernen a cualquier ser humano y fundamentalmente a los laicos. Pero nuestra perspectiva específica, es lo cristiano; o sea, nosotros como religiosos, no estamos llamados tanto a combatir la pobreza injusta, sino a combatir el hecho de que sean cristianos los que están produciendo la pobreza injusta. Entonces nuestra tarea pastoral tiene que tener dos propósitos: 1o. que ninguno de los cristianos *sea autor de la injusticia.* Eso hay que conseguirlo al máximo. Que si hay injusticias, uno pueda decir: eso nunca lo hicieron los cristianos; eso lo hicieron otros latinoamericanos que no pasaron por nuestros colegios, ni pasaron por nuestras parroquias; si ellos hubieran tenido una formación más cristiana, no harían eso. 2o. que todos los cristianos *sean actores de lucha contra la injusticia.* En resumen que ninguno sea autor, y todos sean actores. Por exigencia de nuestra fe tenemos que luchar contra esta situación.

Ahora bien, es evidente que si nosotros nos comprometemos en esta transfomación, desde la fe, tenemos algo qué aportar; y en este sentido la pregunta de que si es utópica o no es utópica la propuesta de la Iglesia, yo tengo honestamente qué contestar que creo que sí es utópica. La sociedad capitalista actual nunca va a aceptar el concepto de salario justo que la Iglesia está proponiendo, ni el concepto de salario familiar. No lo va a aceptar porque estamos tan materializados, que precisamente esto le va a parecer la utopía más grande. Pero yo diría que una cosa es que esto sea realizable o no lo sea, y otra cosa es que esto no sea un valor cristiano. O sea, a mí me parece que hay que llamar mal, a lo que está mal; pero poco a poco se nos ha ido metiendo en la conciencia de que como esto es utópico, lo que ya existe es cristiano, y es necesario señalar la diferencia.

La sociedad aceptará la Encíclica en la práctica? Ha habido artículos muy bonitos; nadie ha atacado al Papa; no conozco ni un solo diario que se haya pronunciado en contra de la Encíclica; por el contrario todo el mundo está feliz; pero dudo que la Encíclica se practique, porque lo que pone el Papa allí es bien exigente. Se ha hecho un hermoso acto de reverencia y se la ha encuardenado y guardado con mucho respeto. Si esto se llegara a llevar a la práctica, significaría una gran revolución.

Lo importante es tratar de tener la entereza y decir: esta es la doctrina de la Iglesia; si los salarios que se pagan son injustos, eso no es cristiano. Y solamente el hablar, el expresarnos con la autoridad del Papa y el repeto de la Iglesia, nos va a traer un gran problema. Pero yo creo que nuestra responsabilidad no es resolver cómo técnicamente se podrá conseguir un salario justo, sino decir cristianamente qué es salario justo. Esta es nuestra tarea como religiosos. En el fondo la humanidad tendrá qué comprender alguna vez, que es mucho mejor para el bienestar global de la sociedad la justicia, que la injusticia. Al final la injusticia sale más cara y es más inhumana, mientras que la justicia permitirá a la gente vivir con más espíritu fraternal.

Anunciar la justicia nos va a llevar a dos dilemas. Nuestra sociedad latinoamericana está un poco entre estos dos polos: si queremos actuar por la justicia, vamos a terminar en la violencia, porque todo el que actúa, termina en la violencia. Como nosotros, cristianos, no queremos la violencia, estamos terminando en la no acción. Entonces, desgraciadamente, no hay sino dos modelos: o los brazos cruzados, o la guerrilla. Esta es una falta de creatividad muy grande de los cristianos; no podemos aceptar que la alternativa de la violencia sea la agresividad. Tenemos qué crear una alternativa diferente que sea verdadera acción y que sea no violenta. El gran testimonio que nosotros podemos dar en América Latina, es: no toda búsqueda de la justicia, no toda acción que emprendamos por la justicia, nos tiene que llevar a la violencia; hay acciones, y acciones eficaces porque son acciones de todo un pueblo, que pueden terminar y ser llevadas con el espíritu de la no violencia y que no nos llevan a la pasividad.

Mientras los cristianos de América Latina estemos divididos entre los activos violentos y los no violentos no activos, no hay solución. Estamos perdiendo lo mejor de nuestra juventud porque ésta nunca va a adherir a una solución no activa; si no encuentra una acción con el espíritu del Evangelio, va a buscar esta acción por otros métodos; la juventud no puede estar con los

brazos cruzados. Entonces, nuestra pasividad es lo que está obligando a tanta gente —que por otra parte tiene mucha razón en rechazar estas injusticia a buscar justicia por caminos que son frustrantes porque no llegan a obtener una sociedad más justa.

Yo añadiría esta otra razón: no hay movimiento por la justicia en el mundo, que no quiera llegar a la sociedad sin violencia. Hasta los marxistas que favorecen la lucha de clases, dicen que hacen eso para llegar a un sociedad sin clases, y sin lucha de clases. Es decir, en el mundo no hay ningún partido, ningún programa, ninguna ideología que, al menos teóricamente, no afirme su deseo de llegar a la sociedad sin violencia. Lo que es muy triste es, que para llegar a la sociedad sin violencia, se usa la violencia; para llegar a la paz, se usa la guerra; para llegar a la sociedad de la verdad, se usa la mentira. Hay como una contradicción profundísima entre los medios que se están usando y los fines que se quieren conseguir. Se quiere una sociedad sin violencia, y se usa violencia; se quiere una sociedad de paz, y se usa la guerra; se quiere una sociedad de verdad, y se usa la mentira. Esto no conduce a ninguna parte. Por eso creo que una acción no violenta es la manera de anticipar ya, en nuestra propia acción, la sociedad que queremos conseguir; es decir, el que lucha por la justicia, sin violencia, es ya ciudadano de la sociedad sin violencias y está anticipando lo que quiere que sean todos; pero si mi única solución es la violencia, estoy en una contradicción existencial muy grande.

Todavía tenemos oportunidad, dada la esperanza de nuestro pueblo y la fe en una acción verdaderamente eficaz, que sea *acción*, pero que no tire por la borda esos valores profundamente cristianos que tiene nuestro pueblo el derecho de custodiar y mantener.

Recordar que el método más práctico para llegar *a una sociedad justa, sin violencia*, es vivir nosotros mismos la justicia, y ya seremos nosotros los ciudadanos de ese nuevo mundo que queremos construír para todos.

ASPECTOS POSITIVOS Y NEGATIVOS DE LA VIDA RELIGIOSA ACTUAL

P. Paul BOYLE. C.P.

Hace unos trece meses se me propuso preparar esta conferencia acerca de los resultados positivos y negativos obtenidos en nuestro intento de adaptar y renovar (ACCOMMODATA RENOVATIO) la vida religiosa, como se nos pidió en el Concilio Ecuménico Vaticano II. En el ínterin, he examinado este argumento con religiosos en particular, con Superiores de varios Institutos, así como también con diversos miembros de las autoridades eclesiásticas de varias naciones del mundo. He recibido por escrito sugerencias y observaciones de religiosos de tres continentes distintos. Por esto, me veo obligado a iniciar mi conferencia expresando mi sincero agradecimiento a todos los que me han comunicado sus experiencias y apreciaciones, que me han sido de valiosa ayuda y esclarecimiento.

Quisiera subrayar que, cuanto expongo en este coloquio, refleja mi punto de vista personal, basado en mis experiencias, impresiones y apreciaciones. Y, sentado esto, solicito su benévola excusa si no acierto a ponerlo de manifiesto en el curso de mi exposición. Confío en que las discusiones que seguirán a mi relación, suplirán mis evidentes limitaciones con sus sugerencias tocantes al tema. No obstante, les adelanto mis observaciones personales como punto de partida de nuestra discusión de hoy y de las del encuentro de Villa Cavalletti.

Casi todos los religiosos consideran el 'aggiornamento' y la renovación iniciados con el Vaticano II como una experiencia positiva. Tan sólo raras excepciones lo consideran como una experiencia negativa. Casi ninguno, por tanto, desea una vuelta al pasado.

Al mismo tiempo, todos están concordes en afirmar que este "aggiornamento' y renovación no han sido conducidos con la debida prudencia y precaución. Precisamente, hace algunos años, los Institutos religiosos y la misma jerarquía, han dirigido severas críticas a este proceso de renovación. Los promotores del mismo se creyeron obligados, con frecuencia, a defenderlo en sus varios aspectos. Es evidente que, en el ardor de la discusión, fuera muy difícil y, a menudo, imposible, poder aducir aclaraciones y puntualizaciones. Hoy día se considera innecesaria la defensa y es más fácil hacer un análisis objetivo de los defectos de que adolece nuestro proceso de renovación; como también considerando a la luz de la experiencia lo que reputamos como ventajas poder apreciar su valor.

ASPECTOS NEGATIVOS

Permítaseme, pues, comenzar mi exposición poniendo de relieve algunos de los que, según mi parecer, son los errores más comunes. Precisamente, no pretendo con esto decir que esos elementos negativos hayan sido comunes a todos los Institutos religiosos, ni menos aún, a cada comunidad.

1. ACTIVISMO Y EFICIENCIA

Creo que el error principal en que hemos incurrido en este proceso de 'aggiornamento'y de renovación, es el de valorar la vida religiosa según su actividad apostólica y eficiencia. El principal criterio para medir la validez de un Instituto o el valor de un individuo ha sido el de contemplar lo que uno hacía y cual era el resultado obtenido. Creo que si para cada cosa se usase esta medición de dictamen, pocos llegarían a ponerse de acuerdo con este principio; pero, en la práctica, estimo que ésta haya sido la praxis común seguida en muchos casos.

Según ese criterio, lo que hacemos, viene a ser mucho más importante que lo que somos. El resultado monta más que la motivación. Un religioso que aprecia con este criterio privilegia más su papel de operario apóstolico que su relación personal con Jesús. Sus intereses y su ideal se basan en las reglas del éxito y de la eficiencia, antes que sobre la pobreza del espíritu. Muchos religiosos quieren presentar este modelo occidental del "*hombre de negocios*" como la perfecta encarnación de la vida religiosa, por lo que privilegian más el aspecto escatológico y todo intento de basar la actividad apostólica sobre un estilo de vida o de relación comunitaria, es desechado como "*tradicional*" o "*monástico*". La protesta y la presión toman el puesto del buen ejemplo y de la conversión. El religioso se transforma en un trabajador incansable y casi como un cruzado que arremetiera con su empeño, mientras que comienza a menospreciar la humildad, la renuncia de sí mismo y la obediencia.

2. LA VIDA COMUNITARIA

Para lograr estas iniciativas, para cumplir con esas exigencias, nos abandonamos a una actividad frenética que es perjudicial, ya sea a nivel de relaciones humanas, y también para la vida de la comunidad religiosa. Muchos religiosos son incapaces de frenar su actividad, considerando de poco o de ninguna utilidad el tiempo transcurrido en el silencio y el estudio, y un lujo inútil las horas pasadas en la casa religiosa junto con sus hermanos de comunidad. De ello resulta un debilitamiento de las relaciones humanas a todo nivel; el diálogo, si existe aún, se torna superficial o acaba en necesidades materiales de la comunidad: el tiempo pasado juntos es considerado malgastado. Todo intento de crear una relación comunitaria y personal en la oración, es recusado por inútil e improductivo. En semejante comunidad, se hace poca oración en común. Personas con tales convicciones sobre la actividad y sobre el trabajo, se revelan incapaces de ser fieles a la oración, especialmente en momentos de mayor aridez espiritual, como asimismo, para hacer una revisión de la propia vida. En tal escala de valores, la oración es tiempo perdido, y, por

tanto, viene a ser el más insignificante y estéril período de tiempo en una jornada muy movida. El contacto con las personas y una gran inmersión en la actividad, son considerados como parte integrante de la ascética cristiana y cualquier alejamiento del mundo, es considerado, en cambio, como una fuga estéril y egoística, o, en el mejor de los casos, como una rara y fugaz concesión.

Al cabo de algún tiempo, esta claro que el religioso encontrará la vida comunitaria superficial y poco lisonjera, y volverá a enfrascarse cada vez más en la actividad, buscando, lejos de la comunidad la propia autorealización, y alejandose más de la comunidad. Debemos, sin embargo, admitir que, en este proceso de 'aggiornamento'' y de renovación, la vida comunitaria ha estado muy descuidada.

3. AUTONOMIA APOSTOLICA

Son muchos y variados los resultados a los que se ha llegado con este modo de valorar la vida religiosa según la eficiencia y la productividad. La actividad apostólica se ha convertido para muchos, en la primera ocupación, o, al menos, la que merece ser privilegiada por encima de toda otra forma o criterio.

a) Parroquias. En muchas partes del mundo particularmente en Europa y en América del Norte, los Obispos insisten para que los Superiores religiosos acepten compromisos apostólicos que, algunas veces, resultan incompatibles con el fin propio del Instituto y no raramente, inconciliables con las exigencias de su misma vida comunitaria. Digo a este propósito, que en la mayor parte de los casos se insiste para que los religiosos se encarguen de parroquias. Existe un viejo adagio en la jurisprudencia religiosa que afirma que los religiosos son muy idóneos para las parroquias, pero que estás, son dañosas para los religiosos. La experiencia realizada por muchos institutos desde el Concilio hasta nuestros días, confirma la validez de este aserto.

b) Promoción humana. Como en todo acontecimiento nuevo e importante, se encuentran aspectos negativos en este intento de los religiosos de integrar la evangelización con la promoción humana. A veces, las autoridades eclesiásticas han apoyado estos nuevos experimentos apostólicos de los religiosos, realizados sin una adecuada preparación y sin ningún criterio de discernimiento. Pero cuando luego ha surgido algún grave problema, ha sido siempre el Superior religioso el primero en ser acusado.

A este respecto, a los Obispos les ha pasado desapercibido el carisma particular del Instituto religioso y las imperiosas exigencias de la vida comunitaria. En muchos lugares, urgentes e impostergables necesidades en varios sectores de las poblaciones, han quedado ignorados en la pastoral diocesana. En tales casos ha sucedido que los religiosos han emprendido algunas actividades apostólicas sin la previa consultación con el obispo. Por supuesto que este modo de obrar no es justificable, tendiendo pues que recordar que en muchos lugares, en situaciones no autorizadas, las competentes autoridades eclesiales se han mostrado recalcitrantes en iniciar o aprobar una nueva experiencia apostólica. Tal comportamiento, no ciertamente conforme con el Evangelio, ha creado, a menudo, en muchos religiosos, verdaderas y propias

crisis de conciencia. Todos estos aspectos negativos han quedado evidenciados en las orientaciones pastorales impartidas por la SCRIS, en abril de 1978, sobre la Vida Religiosa y la Promoción Humana, creyendo que no sea necesario desarrollarlos aún en esta sesión.

c) Independencia apostólica. Un reducido pero preocupante número de religiosos considera el ministerio apostólico como una peculiaridad propia. Esos religiosos consideran el ministerio como respuesta personal a la llamada del Evangelio y a la invitación del Espíritu Santo. Por ello creen no tener ninguna obligación frente a la jerarquía eclesiástica o a sus superiores religiosos. Emprenden, a menudo, actividades de apostolado en cualquier diócesis sin preocuparse lo más mínimo de solicitar la aquiescencia del Ordinario diocesano correspondiente. De otra parte, algún obispo autoriza a los religiosos a trabajar en la diócesis sin previa consultación con los superiores religiosos competentes. No es raro oír a algunos religiosos afirmar que, el Superior no tiene derecho a fiscalizar su labor apostólica. Cuántos superiores habrán oído de boca de religiosos comprometidos a tiempo lleno en su actividad, que no se "*creían obligados en conciencia*" a seguir ninguna orientación que pretendiera determinar el lugar, la cantidad, la calidad o la modalidad de su apostolado!

d) Inamovilidad. La creciente inserción de los religiosos en la Iglesia local, les ha llevado a mostrarse muy recalcitrantes a todo cambio, por lo que muchos son rehacios a traslados a otra comunidad, o a emprender otro género de apostalado; y, a menudo, se aduce como justificación, la necesidad de una continuación en los compromisos asumidos ante la Iglesia local. Algunas veces es tan fuerte esta dificultad, que constituye una imposibilidad psicológica o un "*no creerse, en conciencia*",tener que aceptar un cambio de sede. No es raro, pues, el caso de que dichas razones sean avaladas hasta por los mismos Ordinarios locales.

4. INDIVIDUALISMO Y PERSONALISMO

Sería muy difícil poder establecer cualquier relación de causa a efecto entre los esfuerzos de adaptación y de renovación realizados, con la persistencia en la comunidad religiosa de un acentuado individualismo, con el culto de la realización personal. No se quiere decir con esto que el proceso de renovación sea la causa única de esta indivualismo y personalismo, pero resulta claro que éstos han tenido un notable desarrollo en los Institutos religiosos, precisamente a continuación de esta renovación.

Junto al reexamen del valor de la autoridad y de la obediencia religiosas, ha habido un debilitamiento del espíritu de obediencia a la autoridad eclesiástica y a los superiores. La autoridad de gobierno de los Superiores, especialmente a nivel local y provincial, ha sufrido una fuerte crisis y, en no pocos casos, es abiertamente negada. Aún la animación espiritual del Superior es vista, a menudo, como una indebida intromisión en los derechos y en la libertad personal del religioso. Para alguien, la misma obediencia a la jerarquía, incluso el Papa, es objeto de libre opción. Ahora bien, habiéndose debilitado en esta forma el principio de autoridad, el cometido del superior, especialmente a nivel local y provincial, se ha hecho cada vez más difícil y son muy

pocos los que están dispuestos, o se sienten en condiciones, de aceptar esta responsabilidad.

Es cierto que, en algún caso, debemos admitir el modo de gobernar a nivel eclesial y religioso, no ha favorecido mucho el respeto por la autoridad. Alguna vez ha faltado en absoluto el "*leadership*", especialmente en problemas muy graves. Un profundo análisis de este problema, sobrepasa, no obstante, los fines de esta conferencia y rebasa con mucho, sus intentos. Pienso que bastará con haber subrayado el que este proceso de 'aggiornamento' y de renovación ha contribuido, en gran parte, a poner en crisis tanto la autoridad como la obediencia.

Mi experiencia personal, unida a la de los demás, me ha llevado a concluir que, los registrados en estos cuatro puntos son los más negativos de nuestro proceso de renovación. Permítanme ahora enunciar los que, a mi juicio, son más incisivos en nuestra renovación.

ASPECTOS POSITIVOS

Sería error grave pensar que estos aspectos positivos fueran percibidos claramente en cualquier parte. Son, sin embargo, bastante fuertes y elocuentes como para permitir expresar un dictamen, en su conjunto positivo, acerca de la renovación. En no pocos casos se advertirá que, un valor presentado como positivo, no es otro que el reverso de la misma medalla que, con mayor facilidad ha sido presentado y considerado como negativo. En una misma realidad pueden coexistir aspectos positivos y negativos en la comunidad religiosa como en cualquier otra situación humana. En la primera parte de este estudio hemos fijado nuestra atención en los aspectos negativos; comencemos ahora a examinar lo positivo.

5. VITALIDAD APOSTOLICA

Los religiosos se encuentran comprometidos por todas partes en el apostolado. Religiosos ancianos o enfermos continúan trabajando con gran alegría y sacrifico. Muchos se muestran satisfechos de su apostolado, no obstante el considerable sacrificio que les exige. Las comunidades, por lo general, han reconsiderado su carisma y su compromiso en el apostolado a una luz nueva que les permite seguir nuevas formas de apostolado para hacer frente a las exigencias inmediatas. Los maestros han salido de su escuela sin dejar de ser maestros. Los predicadores se valen, ya sea de los mass media, del púlpito, o bien promoviendo reuniones a nivel de grupos.

a) **Humanismo integral**. Acaso, lo que más impresiona en la renovación de la evangelización, sea la opción por los pobres, los oprimidos y por quienes la sociedad ha marginado. Los años posconciliares han impulsado a los religiosos a compartir más la vida de los pobres, poniéndose a su servicio. Cada Instituto puede presentar considerables testimonios de esta evangelización y promoción humana. Las sabias normas emanadas de la SCRIS han dado ya sus benéficos resultados.

b) Inserción en la Iglesia local. Los religiosos son más conscientes de las necesidades de la Iglesia local y de su responsabilidad al respecto. En muchos lugares están comprometidos personalmente en el servicio y en las organizaciones a nivel diocesano y nacional. Los religiosos están continuamente empeñados en una verdadera y auténtica inculturación.

c) Colaboración. Existe una gran colaboración a todo nivel que, dos decenios antes, tan sólo los más optimistas hubieran podido prever. Los religiosos desean y buscan vivamente una colaboración ecuménica con otros Institutos religiosos, con los seglares católicos y con las organizaciones diocesanas. En este campo, las Conferencias Nacionales de Superiores Mayores han prestado notable contribución, como también las Conferencias mixtas de Superiores mayores y Obispos, donde existen.

6. RENOVACION ESPIRITUAL

Algunos se encuentran tan entusiasmados que hablan de la renovación espiritual de tal modo que, a veces, hacen creer que se encuentra ya realizando la parusía. Pocos superiores condividirán esta valorización utópica, pero existe realmente un campo donde se piensa en el "argionamento" y en la renovación con profunda gratitud al Señor. Esto constituye hasta un gran desafío para los Superiores. Los dos recientes documentos de la SCRIS (MUTUEL RELATIONES y la Dimensión Contemplativa de la Vida Religiosa) son muy prácticos y de suma ayuda para continuar llevando adelante este proceso de renovación espiritual.

A. Vuelta a los orígenes. La explícita enseñanza del Concilio de que la "*sequela Christi*" es la norma fundamental de la vida religiosa, ha tenido notable resonancia en la vida de los Institutos. Con ella ha sido una vez más subrayada la radicalidad evangélica de la vida religiosa. El estudio del carisma del fundador del Instituto ha dado el impulso a toda forma de renovación y este nuevo modo de enfocar el espíritu original del Instituto ha llevado a nuevas instituciones. Todo eso ha favorecido una mayor estima y aprecio de los valores peculiares de la vida religiosa. El nuevo modo de encarnar la vida cristiana es visto como superior a cualquier otra actividad inherente a nuestro ministerio religioso. Probablemente hay, hoy día, mucho más que antes del Concilio, una mayor comprensión de lo que son las finalidades peculiares de cada Instituto religioso.

B. Espiritualidad. En muchos Institutos, especialmente clericales, la celebración cotidiana de la Eucaristía contituye el punto focal del encuentro de la vida espiritual de la comunidad. Un pequeño, pero incisivo número de comunidades locales realiza celebraciones de la palabra con gran espíritu de fe. En algunas partes se ha comenzado también a hacer la revisión de vida y muchos religiosos piden con insistencia la dirección espiritual personal. Para muchos, la meditación personal o común se ha vuelto una exigencia cotidiana, mientras que otros, dedican cada semana prolongados períodos a este común discernimiento espiritual.

7. FRATERNIDAD Y CARIDAD

La aceptación de varios y diversos dones y también de carencias, es ya común a todos los Institutos religiosos. El respeto de todo talento particular de cada religioso entra ya hoy en la consideración de la vida religiosa. Se llega así a que las relaciones interpersonales parezcan ser más estrechas que en el pasado. Por ejemplo, las relaciones superiores-súbditos son, con creces, más cordiales y fraternas de lo que fueran en el pasado. He quedado profundamente impresionado por el testimonio de algunos religiosos, ya entrados en años, que me decían que estos últimos diez años han sido los más bellos de su vida religiosa. Otra cosa que me hacían notar, era la desaparición de rivalidades, antagonismos y falta de comunión, que se advertían en la vida religiosa de tiempos no muy lejanos. Parece que hubiera crecido sensiblemente la caridad fraterna en el ámbito de la vida religiosa.

8. CORRESPONSABILIDAD

Aún con todas sus lagunas, la corresponsabilidad es mucho más sentida hoy que antes del Concilio. Varios religiosos están personalmente comprometidos, mucho más que otrora, en la búsqueda de soluciones adecuadas para resolver los problemas de la vida comunitaria. La descentralización es un hecho que ya ha fraguado en varios Institutos. Pueden surgir, es verdad, problemas acerca de la eficiencia o la validez de la descentralización realizada y la corresponsabilidad; pero, teniendo presente que éstas constituyen objetivos a alcanzar, se debe, sin embargo, reconocer que esas han penetrado ya bastante en la estructura de la vida religiosa.

Estas, son evaluaciones personales mías de puntos más salientes y sobre las deficiencias del continuo proceso de renovación en marcha en los Institutos religiosos.

Los aspectos negativos nos dan miedo; los positivos nos infunden valor y fuerza. Uno podrá estar más impresionado que otro; pero me parece que la gran mayoría de los religiosos, aún dándose cuenta de las deficiencias, considera como una bendición los beneficios surgidos a nivel personal y comunitario en este proceso de 'aggiornamento' y de renovación que el Concilio Ecuménico Vaticano II nos ha requerido.

VIDA EN COMUNIDAD

Daniel de Pablo Maroto, OCD.

EN QUE CONSISTE LA VIDA EN COMUNIDAD?

La vida en comunidad no consiste en la vida así llamada "común" o de "observancia regular" con todo lo que esta palabra evoca en los que la viven; pero es necesario positivizar su dinamismo interior para descubrir en ella la esencia de la vida evangélica.

Vida en "comunión"

No encuentro otra palabra más universalizante, más simple que explique el sentido positivo de la vida en comunidad. Vivir en comunidad es vivir en comunión con los demás. Mantenernos en unas relaciones tales de complejidad con el otro que podamos identificarnos con él en todas las circunstancias de su vida.

La comunión hoy se expresa con fórmulas psicológicas, pero no por eso menos evangélicas. Vivir en comunión con otro es mantener con él unas *relaciones interpersonales*, es decir, tratarle como persona, respetándole como me respeto a mí mismo. Intentar entrar en su mundo dejando mis brotes de egoísmo que intentan hacerle objeto de placer, de servicio, instrumento de mis planes, y nunca tenerle como una cosa de la que uso o abuso, a la que considero simplemente *útil* para ciertos casos.

El cristiano expresa estos sentimientos psicológicos potenciados por la fe y el amor a Cristo; el otro no es solamente para mí persona, sino *prójimo* y hermano. Estos no son escalones excluyentes, sino complementarios. Si considero al otro como cosa, como objeto, como instrumento de mis planes, no cumplo los requisitos mínimos, ni siquiera para hacer con él un grupo humano; pero si solamente le acepto como persona y no me identifico con él como prójimo y hermano, no consigo la maravillosa plenitud de la comunidad cristiana y religiosa. La comunidad religiosa no debe prescindir de la comunidad humana, pero la tiene que superar y trascender.

Según esto, la vida de comunidad es mucho más, muchísimo más que la vida común. Pero es verdad que tampoco la excluye. Una vida de comunión puede compaginarse con la vida de observancia, siempre que la comunidad no se conforme *sólo* con ella, sino que pase adelante, transformando las relaciones frías de la vida común por la auténtica comunión de los ideales de los otros, y no sólo en los momentos en que la comunidad esté reunida; pero cada miembro realiza una acción individual como puede ser la oración personal hecha en común, sino en todas las acciones del día.

Vivir compartiendo

La vida de comunión se realiza en el *convivir*, que es mucho más que la mera presencia física de las personas. Convivimos cuando nos comunicamos.

Convivimos cuando nos ponemos a disposición de los demás, cuando aceptamos a los otros como personas, respetamos sus singularidades, perdonamos sus modos de ser que difieren de los nuestros y nos hacen sufrir, respetamos sus ideas, excusamos sus aparentes pecados y, si les corregimos, lo hacemos con delicadeza y caridad. Para ello necesitamos una apertura permanente al otro. Los pecados se perdonan y se comprenden, pero no se justifican, ni en los amigos ni en los enemigos.

Un grupo de creyentes, de consagrados, realiza la comunión no sólo viviendo los mismos ideales religiosos, sino *compartiéndolos*. Y éste me parece el núcleo del vivir en comunidad-comunión.

Generalmente estamos dispuestos a compartir los bienes materiales, la pobreza o la riqueza, la presencia física en los actos comunes, la capacidad para el trabajo, el tiempo libre, nuestras mismas capacidades mentales, la cultura, etc. Pero compartir la fe, los ideales y experiencias religiosas es lo más difícil, porque nuestra fe pertenece a nuestros sentimientos íntimos, la consideramos algo tan propio, tan experiencial, tan incomunicable, tan secreto que pensamos desnaturalizarnos si la revelamos. Después está nuestro modo de ser, el temperamento y la duda de que si esa comunicación será bien interpretada, etc.

Sin embargo, en una comunidad cristiana y religiosa que ha conquistado su madurez espiritual en todos sus miembros, el ejercicio de compartir la fe, las experiencias religiosas, debería ser algo cuasi-natural. En los monasterios de clausura, en los que el ideal religioso debe ser vivido con suma intensidad, porque hay dedicación plena al desarrollo de la vida espiritual, donde no hay más alicientes que los religiosos, donde toda la vida se polariza en llegar a una fuerte experiencia de Dios, el compartir la fe debería ser como una necesidad biológica.

Compartir la fe es compartir el alma, el espíritu, los sentimientos profundos. Es fácil hacerlo con una persona amiga o confidente. Ejercicio difícil realizarlo de cara a la comunidad. Pero creo que este tipo de comunicaciones haría mucho bien a los miembros del grupo con los que vivimos.

Compartir la fe es manifestar la vida interior, los problemas, las virtudes y los vicios para dejarnos guiar, conducir, animar o corregir por el grupo hermano. Sería un modo eficaz de ayudarnos espiritualmente. Cuando esta relación profunda se consigue entre los miembros del grupo, se sienten más unidos, más identificados, no sólo con el ideal, sino con toda problemática personal. Es entonces cuando se vive la perfecta hermandad.

Condiciones del compartir

Como este ejercicio del compartir la fe es tan delicado, tiene que ser realizado con cautela. De ninguna manera se puede comenzar por él. Antes hay que compartir otros sentimientos más periféricos e insustanciales. El grupo tiene que haber madurado en la dinámica psicológica de todo grupo humano. Tiene que haber surgido la confianza mutua; se requieren personas muy identificadas con los ideales religiosos. Es decir, se exige una cierta madurez psicológica que excluye no sólo anomalías psíquicas, sino cualquier forma de infantilismo.

Por otra parte, un grupo religioso que quiere comenzar la experiencia, se puede encontrar con personas que, por su estructura psíquica, son menos aptas para la comunicación de sus sentimientos íntimos. Hay personas introvertidas, tímidas, instintivamente desconfiadas, infantilmente pegadas a la tradición, y como esto nunca se ha hecho, tienen miedo al fracaso.

Para una comunicación comunitaria de los sentimientos íntimos no se debe forzar a nadie. Todo tiene que venir dado por el ambiente y el deseo común de compartir todo y con todos. Si hay algo que no se puede forzar de ninguna manera es la comunicación en público de la interioridad de cada uno. Un sabio principio tradicional de derecho y de moral decía que "de lo interno no juzga ni la Iglesia". El santuario de la conciencia individual es un campo roturado sólo por el interesado. Es cada uno el que abre su conciencia a los demás como individuos o como colectividades. Forzar este ritmo sería no sólo psicológicamente cruel, sino éticamente inaceptable.

Por eso, es todo un ambiente el que se debe crear, no presuponer. No se olvide que compartir la fe, las experiencias religiosas, es la cumbre de las relaciones de la comunidad. Antes tienen que hacerse otros ensayos a niveles menos profundos, pero comunitarios. Luego, quizá, ensayos de comunicación profunda por grupos más pequeños y, al final, el ensayo general.

Bien es verdad que en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, la compartición de los bienes materiales era como una consecuencia del compartir los ideales religiosos vividos con suma intensidad.Así lo ha recogido la *Didajé:* "Si compartís entre vosotros los bienes eternos con mayor razón debéis compartir los bienes perecederos" (Citado por *Evangélica testificatio*, 21).

Otras fórmulas de compartir

Hay otros medios de compartir la fe, además del ejercicio comunitario de manifestar la interioridad: la liturgia común, la oración mental, que aunque hecha en privado tiene una trascendencia comunitaria, el ejercicio de pedir perdón y conceder la amnistía a todo el que la pida, el exacto y tranquilo cumplimiento de los votos religiosos, las recreaciones comunes, las amistades particulares fundadas en "amor puro espiritual" en sentido teresiano, etc.

La comunidad de Jerusalén

Un ejemplo de comunidad que comparte todo puede ser la comunidad primitiva de Jerusalén, que ha sido el reclamo para todos los fundadores de formas de vida religiosa como recuerda el Vaticano II (PC.1). En ella compartían los bienes materiales, como consecuencia del "seguimiento de Cristo". Esto era posible porque tenían un sólo corazón y una sola alma (cfr. Hech 4 , 32). Compartían la fe en cuanto todos escuchaban la Palabra de los apóstoles. Compartían la oración no sólo en el sentido de que oraban junto, sino que lo hacían *con unanimidad*, es decir, dirigidos por la fuerza del Espíritu para coordinar las intensiones de los orantes. Compartían la Eucaristía[1].

(CLAUNE Boletín "pro Orantibus" No. 4 3).

---

1 Cfr. Hech 2, 42-45; 4,32-35; 1, 14; 4.24. Sobre las comunidades primitivas, cfr. DANIEL PABLO MAROTO, Comunidades Cristianas Primitivas. Vivencias Espirituales, Madre, Ediciones de espiritualidad, 1974.

ALGUNAS CUESTIONES FUNDAMENTALES ACERCA DEL FUNCIONAMIENTO DE LA CONFERENCIA DE LOS SUPERIORES MAYORES Y DE SUS RELACIONES CON LOS OBISPOS

1. *Acogida del documento MUTUAE RELATIONES*: el documento ha sido positivamente acogido. Se considera en él la necesidad de una estrecha colaboración entre Obispos y Religiosos. La parte doctrinal pretende, sobre todo, corregir la dicotomía que pudiera comprobarse entre el aspecto jerárquico y el carismático de la vida de la Iglesia. Algunos han señalado que la Eclesiología del documento parece un tanto antigua, clásica de Occidente y carente de unidad. Son dignas de consideración a lo largo del documento: la densidad del contenido, la claridad, la ajustada sintonía con el Concilio Vaticano II. El documento, aunque ha sido estudiado, no se ha llegado todavía a alcanzar la profundidad necesaria.

2. *Se nota mayor compenetración en el campo de la acción apostólica* entre Religiosos y Clero diocesano; aquellos acusan mayor presencia en los consejos pastorales y presbiterales, en los organismos de programación y de estudio. Predomina aún *la estimación de los Religiosos y de las Religiosas por las actividades*, más que por la vida consagrada; particularmente, la religiosa es considerada más en función de suplencia en las actividades que en función de su presencia específica.

Se lamenta todavía, en cierto sector de los Religiosos, el ser considerados "*de hecho*" una *categoría de "segunda clase"*.

3. *Acerca de sus relaciones con los Obispos*: se nota una mejoría de relaciones pero los contactos son todavía esporádicos, inorgánicos y a veces, con dificultades. En algunas naciones *la "Comisión mixta"* realiza buena labor; en otras, sólo existe de nombre. Existen buenas relaciones a nivel personal, pero raramente a título "*comunitario*" por causa de las Conferencias.

Existe la figura del Vicario Episcopal para los religiosos, pero ella asume, según las diócesis, las formas más variadas y, a veces, hasta imprecisas; se necesitarían personas preparadas.

La comisión mixta de estudio obispos-religiosos (leyes seguridad social: enfermedad, retiro; vocaciones, etc.), unas veces son permanentes, otras, ocasionales.

4. *Acerca del funcionamiento de las conferencias nacionales de los Superiores Mayores*, en algunas naciones la pregunta de ese Dicasterio sobre la utilidad de las Conferencias para con determinados Institutos ha suscitado cierta reacción de defensa contra una *temida injerencia* de las Conferencias en los asuntos "*privados*" de los Institutos.

En general, en cambio, es bastante apreciada la labor de las Conferencias, manifestando la riqueza de sus iniciativas teológicas y de la participación efectiva y afectiva de los Institutos en dichas iniciativas.

Se desea mayor incremento de tales iniciativas, especialmente, de los encuentros de oración, etc., porque a ellas *se les debe el despertar del sentido contemplativo de la vida religiosa*. Además de la revisión de los Estatutos, se desea una revisión periódica (aunque fuera tan sólo un par de veces al año) de las actividades de la Conferencia.

5. Acerca de las relaciones de las Conferencias con la SCRIS y con las Uniones, de Superiores y de Superioras generales, se pone de relieve una general satisfacción.

6. *Existen en muchas naciones las Uniones o Federaciones* (especializadas) en la escuela católica, en los hospitales, en el servicio social; con frecuencia, tales uniones precedieron a la erección de las Conferencias de Superiores/Superioras mayores; salvo en algunos casos, ellas están en buenas relaciones con las Conferencias de los Superiores Mayores. Se desea, no obstante, que ellas estrechen aún más sus relaciones con las Conferencias Episcopales, alguien propone que dichas relaciones sean de total incumbencia de las Conferencias Episcopales.

— *¿Qué contribución podrían ofrecer ulteriormente las Conferencias que favorezca la inserción de los Institutos religiosos en la vida de la Diócesis?*

Eusebio Hernández, OAR
Consejo de los "16"

LA FORMACION PARA LA ORACION PERSONAL Y COMUNITARIA

Nada es más formativo para la oración de cada uno de nosotros, que la actitud de oración de todos nosotros. Una comunidad donde todos rezan, ayuda mucho a que cada uno rece. Y cuando cada uno reza no es tan difícil encontrarse para rezar.

Veo dos maneras de abordar este tema que me fue propuesto: La primera sería puntualizando métodos y técnicas que ayuden a desarrollar el ejercicio de la oración; la segunda, intentar descubrir, a partir de eso mismo, qué es la oración; algunos criterios y actitudes de fondo sobre los cuales fundamentar una vida de verdadera oración personal y comunitaria. Vamos a tomar el segundo camino que ha sido el menos trillado.

La Oración no es tarea, ni es compromiso

La oración no es tarea. No es un deber que debe ser cumplido, algo que debe ser hecho. Una concepción legalista de la oración recorrió la tradición espiritual de la Iglesia y el quehacer diario de muchas personas, órdenes y congregaciones religiosas. Se insistía sobre "cosas que había que hacer". ¡Cuánta influencia tuvo esta mentalidad hasta hace poco tiempo! Ella se traducía en su propio vocabulario: se debía "recitar" el oficio; "decir" la Misa; "hacer" la meditación. Todo esto impregnaba también la formación, ya que la preocupación no era sólo de que las "prácticas de piedad" se fijasen, sino que existía una preocupación exagerada en cuanto al método y al modo de ejecutarlas. Ciertamente que las dos dimensiones son importantes en nuestra vida humana, tan inconstante y frágil en lo que se refiere al bien. Debemos ser urgidos en el cumplimiento de los deberes y debemos ser instruídos en relación con ellos. Pero no debe ser éste el enfoque primordial ni dominante en la vida de oración o de la formación para ella.

La oración tampoco es compromiso. Algo así como el resultado bilateral de un contrato, de un pacto, de una transacción. Sin embargo esta concepción se encuentra mucho en las formas cuantitativas de la oración: para obtener tal gracia, debemos cumplir tales requisitos. Recitadas las fórmulas y cumplidas las condiciones, debe seguir el efecto de parte de Dios. De ahí la preocupación con las fallas, la falta de continuidad, la no fidelidad al tiempo o al número prescrito. De ahí no menos la frustración o el desaliento, la crisis o, así mismo, la rebelión cuando no ha sido logrado el resultado. Sin embargo es preciso decir: en nuestra vida de oración habrá siempre un elemento de compromiso; pero no en el sentido mencionado antes, sino en el compromiso de fidelidad profunda que abarca la relación interpersonal.

Oración, respuesta personal a la presencia de Dios

La oración es respuesta personal a la presencia de Dios. Oración y comunicación íntima de amor entre Dios y mi persona. La oración es en mí la acogida al don de Dios, la apertura a El la certeza que tengo, en la fe, de su vida, de su acción, de su amor. Y porque Dios es AMOR, y el amor no se comprende sin comunión de personas, la oración trae consigo el compromiso de vivir y crecer en comunión. Como el Dios que se nos reveló en y por Jesucristo abarcó en su comunión a todos los hombres, creándonos y liberándonos, la oración cristiana, lo mismo que la más íntima y personal, no se comprende fuera del contexto de comunión con mis hermanos. Aún más que eso. El amor al prójimo es para el Dios de Jesucristo mediación ineludible de nuestro amor a El. Sin pasar por ahí, nuestra relación orante con Dios no es por El reconocida, ni aceptada. La oración, por lo tanto, es algo íntimamente ligado a la vida, al sentido mismo de la vida. Ella se torna para nosotros tan necesaria como el aire, la luz, el alimento, el agua, cosas todas ellas muy simples y sencillas, pero fundamentales para que la vida exista.

La oración en la vida, como la formación para ella, no se dará, por lo tanto, sin una fuerte conciencia de esta interrelación vital, sin la atención al amor y a la realidad de Dios, de mí mismo y de mis hermanos. Es esto, precisamente, lo que debemos subrayar en la formación para la oración personal y comunitaria. Es esto lo que nos debe alimentar en la vida de oración.

Atención a la realidad de Dios

Aquí está el secreto de la educación para la vida que debería nacer en nosotros cuando comienza la vida. El acto mismo de amor de nuestros padres, por el cual nos abrimos a la vida, es, al mismo tiempo, instrumento y condición indispensable para que la vida nos sea dada. Y es también revelación luminosa y maravillosa de Aquel que nos la da. En toda forma de amor existe latente una orientación hacia Dios que es amor, porque el verdadero amor es siempre salida de sí mismo y apertura al otro. Pero ningún "otro" es respuesta plena, sino Dios. Todos los grandes y pequeños "otros" que aparecen en nuestro horizonte, son simples etapas de nuestro caminar hacia El. Son señales que indican el derrotero a seguir. Llamadas que nos invitan a proseguir.

La formación para la oración debe tener, por lo tanto, raíces profundas, tejidas con las fibras mismas de nuestra existencia. Cuando la Iglesia recuerda a los padres y padrinos, en el bautismo, su misión de educar al niño en la fe, es sobre todo a ésto a lo que se refiere. Dar al nuevo y pequeño ser, mediante la vida y la palabra, la certeza de este Dios que existe y que ama. No debe ser otra la primera misión de la comunidad formadora, sea ella religiosa, sacerdotal o laica, y de aquellos que van a acompañar a los que a ella se encaminan.

Sin duda ninguna, la certeza de Dios el algo que se vive más de lo que se explica. Es natural, porque ella no es término de un esfuerzo, resultado de un ejercicio, ni conquista de un método. Ella es DON. Un presente simple y pleno, gratuito e imprevisible del propio Dios que se da. Lo que ello supone es una actitud de atención, de escucha y de acogida para que, una vez lanzado como la semilla de la parábola, el don pueda fructificar. Todo lo demás es dinamismo de crecimiento. El se nutre de la mutua fecundación en el

amor. Cuanto más próximos a Dios, tanto más ciertos de El, y más ricos de su vida que es amor.

La formación pues, para la oración, más que centrarse sobre la forma o sobre la acción, debe ocuparse primero en que haya en la comunidad formadora espacio para que Dios se haga don para cada persona, principalmente para quien viene en busca, sobre todo de EL. Nada de esto tiene un momento determinado para comenzar; todos los días son aptos para ello, y se considera infancia cualquier edad. Por eso el don de Dios penetra en cada uno para todos y en todos para cada uno. No debería haber, pues, grande diferencia entre la formación básica para la oración personal o comunitaria. Eliminadas las barreras que el estilo de vida cristiana y religiosa colocaba anteriormente entre las personas, distinguiendo a unas de otras, la oración íntima de cada una, como acogida al don de Dios y respuesta personal a su presencia, debería ser el mejor camino para identificarnos nosotros mismos en los otros en el mismo don, y responder en ellos y con ellos a la presencia del Señor. En otras palabras, en base a la naturaleza misma de la oración, quien reza bien personalmente debe sentirse bien rezando con los otros. En el estadio de vida eclesial y religiosa en que ahora nos encontramos, creo poder decir que difícilmente se edificará una comunidad, en el sentido pleno de la palabra, si sus miembros no llegan a participar en la oración, la comunión profunda que entre ellos potencialmente establece la certeza de este don de Dios.

¿Cómo se revela el don de Dios? Es tan fácil y tan difícil decirlo. Al borde del pozo de Jacob, Jesús que se hacía don, intentó suscitar en la Samaritana el deseo de acoger el Don: . . . "Si conocieses el don de Dios. . ." Y cuando ella, en su respuesta, quiso cuantificar y localizar a Dios —. . . ¿El está en Jerusalén o sobre este monte?. . .— Jesús le dijo que es sobre todo en nosotros donde El se manifiesta. El es un Dios vivo para las personas que viven en la rectitud de la verdad, que es la realización del amor. El les habla como lo hizo a Jesucristo y, por El, a nosotros, de muchas maneras. Por eso la escucha de la palabra de Dios con un corazón sincero y sencillo, nos abre para recibir el don, para conocerlo y para amarlo, Mucho más, por tanto, que las prácticas, las fórmulas, los textos, la formación para la oración debe encaminarnos, como Dios condujo a la Samaritana, al contacto en la fe con el propio Jesucristo, que es el camino y la verdad. El tiene palabras de vida. El nos enseña lo que aprendió de su Padre. El nos da el Espíritu que nos hará entender todo lo que por El nos fue dicho. El camino se hará, pues, caminando. Es orando como la gente aprende a orar. Y es en la oración donde Dios nos educa para la oración de los otros; a descubrirlo de muchas formas que no son las nuestras. En cada hermano y hermana vive para nosotros la promesa silenciosa e imprevisible de una nueva epifanía del Señor.

No existe nada tan sorprendente como constatar en la oración que la Palabra de Dios que nos es dada en Jesucristo y, por El, en la Escritura, presentada culturalmente como para su tiempo, es, no obstante, siempre nueva. Todo lo que nos ayuda a conocer a fondo la Escritura hace parte de la formación para la oración. Pero nunca el estudio sustituirá el contacto vivo con Dios y con las personas que en la oración se hacen escucha de la Palabra. Ella es dicha allí con novedad singular y es expresión de un nuevo amor. El estudio es una ayuda, sí, pero se puede prescindir de él. No fue a los grandes sabios,

sino a los pequeños, a quienes Dios quiso revelárseles primero. Esta es la razón por la que en la oración comunitaria, no es el saber lo que cuenta, sino el vivir y participar con los hermanos la Palabra acogida en la certeza del amor. Por eso también, lo más importante no es lo que yo diga, sino la Palabra misma, en la medida en que yo creo que Dios habla en mí y por mí; por otra parte, es abrirme al amor de mis hermanos con la total confianza de ser aceptado. Participar en la oración es, a un mismo tiempo, ser pobre y amar.

Aceptación de la realidad de sí mismo.

Este Dios que me ama, me ama como yo soy. El me llama por mi nombre. No mide la calidad de mi respuesta de amor. Lo que hay de bueno en mí es vestigio de su bondad. Mi limitación es promesa y certeza de su perdón. ¿Y qué es el perdón, sino la más difícil versión del amor? Yo soy, por lo tanto, una mezcla sutil e incoherente de valores y límites que se presenta a él con la certeza de ser aceptada. Su presencia en mí se alimenta de esta fe. Mi presencia en El se nutre de esperanza. El encuentro entre nosotros es afirmación de amor. Toda oración tiene en sí misa raíz teologal: edifica el amor sobre el fundamento de la esperanza y de la fe. Pero todo amor a nuestro Dios trae consigo la marca de la Trinidad. De hecho, Dios no se ama; El es amado. El se revela como aquel que es AMOR, y es, por tanto COMUNION. ¿El amor no supone siempre más de una persona? Nosotros sabemos que son dos: el Padre y el Hijo. Y es también Persona viva el amor que entre ellos subsiste: El Espíritu Santo. Toda oración, pues, en cuanto que es don de amor de Dios a nosotros, introduce en la plenitud trinitaria de esta comunión la pobreza personal en nuestra respuesta de amor. Y es así como la oración nos abre, en cierto modo, al máximo de nuestra capacidad, porque ella plenifica en nosotros el alcance total del límite que nosotros somos.

La formación para la oración, más que preocuparse por modificarnos, debe ayudarnos a descubrirnos tal como somos, sin engaños, a aceptarnos, a estar en paz, a amarnos a nosotros mismos. Esta es la fuente primera de libertad interior, sin la cual no se puede avanzar hacia la verdadera oración. El Dios que se hará presente en nosotros, es, en verdad, el mismo que nos liberó del mal. El nos sondea y nos conoce; conoce desde lejos nuestros pensamientos. Para este Dios, así como somos, obra de El. Delante de los hombres podemos aparecer diferentes, aparentar otra cosa; pero delante del Señor, somos lo que somos, y así nos ama. No es, pues, primordialmente de los formadores la iniciativa de modelarnos; por el contrario, ellos son testimonio vivo de cómo el propio Dios nos moldea en esta escuela de verdad y libertad que es la oración de vida y la vida de oración.

Dios no está inactivo en nosotros, sino que en la medida en que respondemos a su amor. El trabaja en lo más profundo de nosotros mismos. La comunidad formadora debe, ante todo, crear un clima en nosotros que favorezca esta acción de Dios, y ha de acompañarla, no estorbarla. Pero no le corresponde a ella imprimir a Dios y al formando un ritmo en esta acción, sino seguir atenta y agradecida el misterio de este encuentro, pues El quien nos plasma y nos transforma.

Nada de esto será posible si la acción de Dios en mí no se hace, en alguna forma, accesible a los otros. Ella lo será por la propia realidad de mi ser que crece en Dios. Lo será por el impulso de Dios en mí, en el sentido de que yo acoja y sirva a mis hermanos. Pero lo será también por la transparencia y sencillez con que yo les hable de Aquel que me ama y de lo que EL realiza en mí, porque El obra constantemente en la humildad de lo que soy, y hace en mí maravillas.

Una vez más, no existe, en el fondo, mucha diferencia entre formar para la oración personal y la comunitaria. La oración personal es, como lo dijimos antes, la mejor preparación para que se haga verdadera oración en una comunidad de fe. Mi conversión y crecimiento interior es, de algún modo, santificación de mi comunidad. Es fundamental que yo sea delante de los hermanos lo que soy delante del Señor. Las resistencias que surgen entre nosotros generan una desarticulación entre lo qûe somos y lo que queriamos ser. Existe una tentación sutil para todos: la de parecer lo que no somos, destilándose así una gota de mentira que contamina nuestra transparencia de Dios, perjudicando la posibilidad de convivencia en la oración.

Atención a la realidad de mis hermanos.

Nosotros somos como las plantas. Al inicio de la cuaresma de este año, al imponernos la ceniza un hermano de comunidad, tuvo la idea de preparar para cada uno de nosotros una pequeña vasija con tierra. Al concluir la Misa nos dijo: el camino que va de hoy a la Pascua, es una jornada de vida que pasa por la muerte. La semilla es un buen símbolo de este misterio. Y allí mismo, yendo al altar, cada uno de nosotros tomó la semillita y la plantó. Cuidé con cariño mi semilla y, a la semana siguiente, apareció un ramito verde. La regué, le dí aire, luz y calor y, a las cuatro semanas, había diez ramitos con su hojita en la punta. Surgió poco después la primera flor, afirmación de vida y promesa de nueva vida. Pero también hubo entre nosotros, quien descuidó la semilla y no nació. Y otros, que apenas nacida la plantica, no le brindaron cuidado y, después de nacer, murió. Otros la regaron, pero no se preocuparon de ponerla a la luz, y la plantica consumió su propia energía. En busca de la luz, los primeros ramitos que surgieron se contorsionaron sobre sí mismos en un desesperado tropismo. Se desfiguró la planta y no brotó la flor. La vida surgió, pero no pudo subsistir.

Así sucede con la oración: traemos en nosotros la semilla de vida, pero dependemos de los otros para que la vida florezca. Nada es más formativo para la oración de cada uno que la actividad de oración de todos los demás. Una comunidad donde todos rezan, ayuda a que rece cada uno. Y cuando cada uno reza, no se hace difícil rezar en comunidad, porque en la verdadera oración, nosotros morimos como la semilla y nos hacemos vida para los otros. Y cuanto más clima encontremos en ellos, más vida brotará en nosotros.

Este tema de la VIDA es una de las grandes novedades de Jesús. El, que es VIDA, vino para que nosotros tuviesemos vida y la tuviésemos en abundancia. Toda vida es señal de Dios y, por lo tanto, vestigio de amor. Dando por nosotros su vida, Jesús indicó el sentido de nuestra propia vida, porque no hay mejor prueba de amor que la de dar la vida por los hermanos. Y los hermanos,

según el Evangelio, son aquellas que tienen más necesidad: los ciegos, los cojos, los paralíticos, los enfermos de todo tipo. . . los despreciados y ultrajados, lo que no tienen voz, los pequeños y los abandonados. Los hermanos son, pues, los pobres de cualquier clase que sean; aquellos que, como la semilla, sin mis cuidados, no tendrán vida; pero que son el camino para que yo también pueda tener vida, porque es en ellos donde yo veo y encuentro al Dios a quien no veo. Todo lo que yo haga por ellos, lo estoy haciendo por Jesús que vive en ellos.

En una perspectiva evangélica, toda verdadera oración desemboca necesariamente en una atención a los otros y en un afecto hacia ellos. Esta es la razón por la que la inspiración de justicia en la perspectiva cristiana va unida a la tentativa, ya secular, de establecer la equidad y el mero respeto de los derechos. Ella es el impulso operativo para traducir en amor y en vida las relaciones sociales entre los hombres. Y esto habla de igualdad, de fraternidad, de una comunidad justa y libre, donde todos pueden hacer efectivo su potencial de vida y realizar una verdadera justicia sin la cual no se comprende el amor.

Toda oración, pues, lejos de ser una alienación intimista, es realimentación de compromisos concretos para que todos tengan vida y la tengan en abundancia. Formar, pues, para la oración, es ayudar a las personas a abrirse a los otros. Es hacer crecer en ellos el conocimiento existencial de los hermanos; es dejar incoar en ellos, como en nosotros, todos los anhelos de vida, que no llegarán a hacerse vida sin nuestra participación efectiva. Toda oración, por tanto, por la fuerza misma de su dimanismo interno, acaba siendo consagración del mundo, porque todo lo que viven mis hermanos será visto en esta perspectiva de construcción de verdad, de justicia, de amor y, por consiguiente, de radical transformación del mundo. No tiene contornos, porque la realidad trae marcas profundas de pecado: son todas las formas de falta de agua, de luz, de tierra, y de todo aquello que afecta la semilla. Acaba con la vida en las personas o las obliga a tropismos lacrantes que agotan o limitan en ella el potencial de vida. Percibir esto, lleva necesariamente al compromiso y, entonces, toda oración se hace también fuente fecunda de consagración para el mundo. La fuerza de Dios en aquel o en aquella que ahora voy a alimentar, es esa constante donación de la propia vida en favor de la vida de los hermanos a fin de que todos tengan vida y la tengan en abundancia.

Solamente en este contexto de VIDA podemos entender también la exigencia cristiana de amar aún a los enemigos. Cuando sólo amamos a los amigos, circula entre nosotros una afinidad primitiva. Pero amor al enemigo es primero morir como condición de vida; es asumir esa condición que significa perdernos a nosotros mismos; y es desde ahí de donde nace la nueva vida, tanto en mí como en aquel que se me opone. Y si no llegamos a esta meta, no estamos más allá del lugar al que llegan los que conocen a Dios, este Dios que es amor y que nos amó primero, siendo nosotros enemigos y siéndolo todavía.

Conclusión

Como indique al principio, más que desarrollar técnica y método de formación para la oración personal y comunitaria, lo que pretendí con este artícu-

lo, fue señalar algunas actitudes y condiciones fundamentales para que simplemente exista la oración. Intenté dar en él algunas orientaciones de base que se tornan criterios pra reconocer la verdadera oración. Lejos las disputas estériles sobre la dicotomía entre oración personal y oración comunitaria; lejos la fantasiosa pretención de extinguir una en favor de la otra; lejos la posición irreal de que una substituye a la otra y, por tanto, la dispensa. Creo haber dicho claro que cada una tiene su identidad y encuentra su plenitud en una apertura constante sobre la otra y una afectiva complementación recíproca.

MARCELLO DE CARVAHO AZEVEDO, S.J.
(Convergencia No. 144)



Teléfono: 211 27 41

NOVEDADES EN NUESTRA SECCION DE PUBLICACIONES

CASSETTES

Oración y Vida
Encuentro
La Fe
Ejercicios de Oración
Por el abandono a la paz
La revelación del Padre

Temas fundamentales de los **Encuentros de Experiencia de Dios** del **P. Ignacio Larrañaga**
Precio: $200.oo cada cassette

Colección Sagrada Escritura: Jesucristo, su Persona, su Obra.

1. Jesucristo — Tipología en la Biblia — San Juan y su Evangelio
2. Comentarios evangélicos de conjunto
   Jesucristo, sus parábolas
3. Las tres parábolas de la misericordia
   Jesucristo y los Profetas
4. El Verbo de Dios y los hombres
   Historia de un amor
5. El Pan de vida eterna
   Contenido y contextura del prólogo de San Juan y su Evangelio
6. Jesús y los enfermos
   Jesús: su bondad
7. Tipología de Jonás, Jeremías, Cristo
   La persona de Jesús
8. El Sumo Sacerdote
   Jesús Señor
9. Abraham, Isaac, Cristo (Tipología)
   El Cordero Pascual y Cristo (Tipología)
10. El Antiguo Testamento y Jesucristo
    Jesucristo es la plenitud
11. Cristo es Rey
    Muerte histórica de Cristo
12. María, la Madre-Virgen
    Jesús, ofrenda perfecta.

P. Gregorio García, S.J.

Colección completa $ 1.800.oo
Cada cassette 150.oo

